

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — Tomo VIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 15. — N° 185.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO.

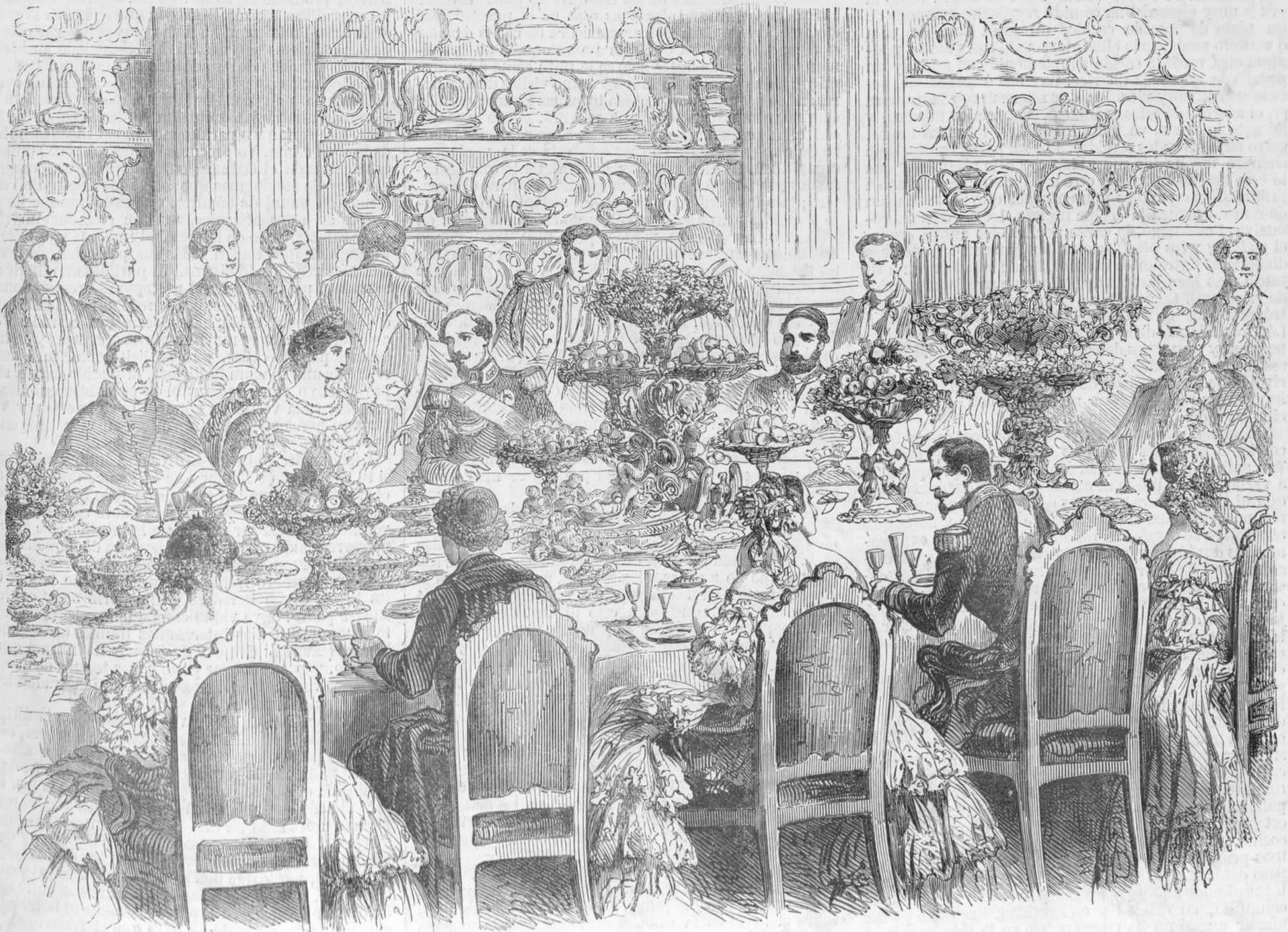
Banquete dado por la villa de Paris con motivo de las fiestas del bautismo; grabado.—Londres.—Revista de Paris.—Cancion de los pescadores de Bretaña.—El campo de Aun-Solthan; grabados.—Gerifalte.—Lyon despues de la inundacion; grabados.—De la Besarabia.—Necrologia.—Revista de la moda.—Las inundaciones; grabados.—Hombres ilustres de la América española.—Inundacion del Saona en Lyon; grabado.—La inundacion de Jargeau; grabado.

## LONDRES.

(ARTÍCULO SEGUNDO.)

Hay en Londres ininidad de posadas, que allí llaman *hotels*, y las casas de huéspedes ó pensiones (*boarding-houses*), donde el forastero puede hallar cómodo aposento á precios que varian desde los mas subidos hasta los mas modestos, segun el lujo de la habitacion y sobre todo, segun el *barrio* en que esta está situada, pues acaso no hay país en el mundo donde las divisiones de clases estén marcadas por líneas mas decididas que en Inglaterra. Hay barrios nobles en los que, si la libertad política de que disfruta la nacion permite vivir al ple-

beyo lo mismo que al lord, las preocupaciones sociales quieren que nadie se trate con el primero si va á habitarlos, considerándosele como un invasor de territorio ageno; hay barrios plebeyos en que ni de balde querria vivir un noble: temeria deshonrarse. La ausencia de tiendas es el signo exterior é infalible de la aristocracia de las calles. El duque de Northumberland, cuyo magnífico palacio está situado en la plaza de Trafalgar, á dos pasos del *Strand*, uno de los grandes focos de la actividad mercantil de Londres, es una excepcion que la alta nobleza inglesa califica poco ménos que de un escándalo: todo lord que se respete debe vivir por las majestuosas inmediaciones de *Regent's Park*, ó bien en el



La mesa imperial en el banquete dado por la villa de Paris, con motivo de las fiestas del bautizo.

nuevo y soberbio barrio de *Belgravia*, lo mas lójico posible del bullicio y confusión inseparables del tráfico. La tintura aristocrática que da el vivir en un barrio noble, se paga muy cara: así es que una casa en *Portland-Place*, por ejemplo, cuesta el doble que otra igual en un barrio plebeyo, exceptuando sin embargo aquellos en que, como en algunos puntos de la *City*, la aglomeración del comercio da á los terrenos un valor fabuloso. Por regla general, las habitaciones son muy caras en Londres: un forastero no puede alojarse decentemente en una casa de huéspedes á menos de dos libras (unos 200 reales) por semana, que es la manera ordinaria de hacer allí esta clase de ajustes, advirtiendo que las mil cosillas que tiene que pagar aparte, como servicio, limpieza de ropa, luces, chimeneas (las hay en todos los cuartos) etc., etc., hacen subir este precio casi á una mitad mas. En cambio está un tratado perfectamente: en ninguna parte se entiende el bienestar interior tan bien como en Inglaterra. La palabra inglesa (*comfort*) con que se expresa ese perfecto bienestar no tiene equivalente en ningún país, y no es extraño, porque en ninguno tampoco existe *la cosa* que con ella se representa.

No hay pues molestia para el forastero en Londres por lo tocante á la habitación, pero en el punto esencialísimo de la comida, pocos serán aquellos cuyo privilegiado estómago no se rebelen en los primeros días contra el sistema usual de la alimentación inglesa; y no en verdad porque ella en sí sea mala, sino por su singularidad. En esto, como en otras muchas cosas, hay que renunciar á seguir las ideas admitidas en nuestros países, desde que uno pisa el suelo inglés. Es entre nosotros frase corriente para expresar que la comida está lista, decir que *la sopa está en la mesa*: las ideas de sopa y de comida son inseparables entre nosotros. Pues bien; en la comida inglesa no hay sopa, ó mas bien lo que allí se bautiza con este nombre es una *cosa* que si con algo de lo que nosotros usamos tiene analogía, no es con ninguno de nuestros alimentos, sino con los sismos. La llamada de *rabo de vaca* es una de las mas comunes; consta de pedazos de la susodicha excrescencia nadando en una especie de salsa espesa que de todo tiene menos de caldo, pues segun lo que pica, debe componerse de mostaza, guindilla y puntas de agujas; es un verdadero guisote extremo, que suele tomarse entre comidas á modo de *refresco*, y que se despacha en los cafés y en las pastelerías!! Al vino, que por su gran carestía está reservado á los ricos (el país no lo produce), reemplaza la cerveza, bebida que al principio suele repugnar mucho y á que algunos no logran acostumbrarse nunca, por mas que la haya exquisita, sobre todo la llamada *pale-ale*: los verdaderos aficionados prefieren la fuerte (*stout*), que es negra como la pez y muy espesa. Una comida regular se compone de un plato de pescado cocido, un gran trozo de vaca ó carnero asado, todo ello interpolado con patatas y alguna otra verdura cocida simplemente con agua, y un pedazo de queso de *Cherter*. Hay dos ó tres salsas, generalmente muy picantes, que alternan con la mostaza en el aderezo de estos manjares, siempre los mismos, y hé aquí lo que se ve todos los días en todas las mesas, salvo en las grandes comidas. Por mi parte, confieso que siempre me ha ido muy bien con este régimen y que lo creo tan bueno como otro cualquiera; yo conozco á infinidad de españoles y americanos que no se hartan de renegar contra la cocina inglesa. La cerveza les revuelve el estómago, la carne asada se les antoja cruda, el *pudding* y los *pies* (partes) les parecen invenciones diabólicas. Entre estos últimos, los de *ruibarbo* son á su juicio mas bien jaropes de botica que manjares propios de cristianos. Convento sin dificultad en que un gastrónomo que quiera pasarlo bien, no es ciertamente á Londres adonde debe dirigir su apetito, sino á París; pero estoy muy lójico de conceder que la cocina inglesa sea, como pretenden aquellos malcontentos, una digna rival de la de las brujas de *Macheth*. En ninguna parte hay carnes mas delicadas ni se asan con igual perfección los *chops* (chuletas de carnero).

*On mange partout, on ne dine qu'en France*, es frase corriente entre los franceses que han viajado mucho. Tan aplicable es esa verdad á nuestra España; que al ir á verter esa máxima al castellano, me encuentro con que ni siquiera hay vocablos con que expresar esa diferencia científico-culinaria entre *manger* y *diner* que constituye su profunda intención. En España expresamos las dos ideas con el verbo *comer*, que es la traducción literal de la primera palabra (*manger*); para expresar la segunda, tenemos que valernos de un rodeo. Sucede aquí lo mismo que en punto al *comfort*, segun dije ántes; no tenemos la palabra propia para expresar la idea que con ella se representa, porque no tenemos la *cosa* á que se aplica esa *idea*: las lenguas son el reflejo exacto de las costumbres de una nación. La lengua inglesa tiene voces propias, como el francés, para expresar la diferencia que hay entre *comer* (*to eat*) en el sentido de satisfacer la necesidad de nutrirnos que nos es comun con los irracionales, y *to dine* (en francés *diner*), que significa *comer á la mesa* con los refinamientos que la cultura social ha añadido al acto material de matar el hambre. Pero la verdad es que si los ingleses tienen la palabra que expresa esta *idea*, no tienen la *cosa*, y en este punto están todavía mas atrasados que nosotros. Su cocina es incomparablemente mas sencilla, mas pobre, mas primitiva que la nuestra. No han adelantado un paso desde el siglo XII acá; comen como comían sus antepasados los sajones y los normandos del tiempo de la conquista, en calidad y en cantidad. Excusado parece añadir que si no han degenerado en la robustez de su

apetito, tampoco han venido á menos en su afición á empinar el codo,—los ricos con nuestro exquisito Jerez, verdadero rey de los vinos, que liban con una especie de beatitud parecida á la devoción,—los pobres con *porter* que, segun el ritual inglés, debe beberse en el mismo jarro en que se sirve,—otra reliquia de las tradiciones sajonas, si ya no es que se remonta á la época dinamarquesa ó al tiempo de los romanos. Inglaterra es el país del respeto á los antiguos usos.

El lector sobrio me perdonará estos pormenores materialistas, á que sin embargo era preciso descender para completar el cuadro de la vida en Londres: por mucho que queramos espiritualizarnos, siempre el comer y el beber han de ser necesidades fatales con que es preciso contar; no hay remedio. Pero pasemos á mas ameno asunto, aunque de menos sustancia. *Paulo mejora canamus*.

Cinco cosas llaman desde luego la atención del forastero en cuanto pisa las calles de Londres, á saber; la hermosura encantadora de muchas mujeres y de casi todos los niños, el aspecto lúgubre de las casas, la seriedad de los hombres, el tamaño enorme de los caballos y la fealdad horrible de las viejas. Decía lord Byron que la raza inglesa es la aristocracia del género humano; no sé quién ha dicho que la Inglaterra es como un nido de cisnes en medio de los mares, y es por último opinión corriente entre los etimologistas y anticuarios que su nombre actual viene á significar la *isla de los ángeles*; pero téngase por cierto que, ninguna de estas doctas explicaciones ó si se quiere, graciosas figuras retóricas, habla con las viejas del país, que parecen verdaderos diablos, sobre todo cuando les da por emperegararse y hacerse las niñas. Sin merecer la patriótica hipébole de lord Byron, la raza inglesa es sin duda hermosa. Altos, robustos, aunque bastante desgarrados, los hombres tienen en general un aspecto grave y noble, á que contribuye mucho lo muy derechos que se tienen y el sumo aseó con que visten: en toda su persona respira además un vivo sentimiento de la propia dignidad que (sea dicho sin ofender á nadie) solo en Inglaterra se encuentra, á lo menos en tan alto grado. Pasan por muy bruscos, por poco amigos de los extrajeros y por muy estrafalarios: creo que en efecto merecen estas tres calificaciones, pero aun prescindiendo de lo mucho que se exagera en este punto, estoy muy lójico de tomarlas en mala parte, como generalmente se toman. Cada uno habla de la feria como le va en ella: yo de mí sé decir que he tratado á muchos ingleses, y que no he visto en ellos hostilidad ni aun desvío; al contrario, los he encontrado afables, obsequiosos, serviciales. En un país en que hay un refrán, que dice *the time is money* (el tiempo es dinero) y en que este refrán es verdad, la amabilidad de los hombres no puede revestir las mismas formas *holgazanas* que en el nuestro, por ejemplo, donde la frase característica de *vamos á matar el tiempo*, demuestra que este no vale nada en la opinión comun y que ántes bien se le mira como á un enemigo: así un inglés no le hará á uno visitas de dos horas, ni le acompañará á paseo todas las tardes; pero en cambio, cuando empeña una palabra, puede contarse con ella: cuando hace una oferta, se puede estar seguro de que es cordial. Yo creo que esta es la verdadera amabilidad. Se dice tambien generalmente que las casas inglesas son fortalezas inexpugnables para el forastero; que las familias viven en un aislamiento absoluto y que hay un rigorismo absurdo en la etiqueta: en todo esto hay algo de verdad, pero muy poco. Por lo mismo que en general los ingleses son muy formales, no prodigan la confianza á la ligera, y de aquí el que no admitan en el interior de su hogar doméstico mas que á las personas á quienes conocen muy bien; pero una vez conocidas, las admiten con la mayor cordialidad. ¿No vale esto mas que encajar de buenas á primeras á cualquier medio conocido la frase vulgar de *esta casa está á la disposición de Vd.*? Lo de que las familias viven en el mayor aislamiento carece de toda verdad; y eso que llamamos rigorismo de la etiqueta no es mas, bien mirado, que una muestra del mutuo respeto que se tienen las gentes unas á otras, consecuencia natural del que á sí mismas se profesan y sin el cual no puede haber *dignidad* y hasta es muy difícil que pueda haber *virtud*.

Todos convienen en que las familias inglesas, señaladamente en las clases medias, son acabados modelos de buenas costumbres. Una de las peculiaridades de estas es la extremada libertad de que gozan las mujeres solteras y que no alcanza á las casadas, á diferencia de lo que se practica en nuestros países, no sé si con mejor ó peor consejo: me inclino á esto último. Basta el buen sentido para conocer que mas natural es que disfrute del mundo (en los límites de lo lícito, por de contado), una mujer exenta de obligaciones, que no la que ha aceptado al pié de los altares el sagrado depósito del honor y la felicidad de una familia. Responden á esto algunos que nuestro *clima* no consiente que se dé libertad á las mujeres solteras, pero yo creo que si esa razon valiera, seria igualmente aplicable, y con mayor motivo, á las casadas; pero dejemos esta materia sobrado resbaladiza y limitemonos á consignar el hecho de que las costumbres inglesas, muy puras en las clases medias, no lo son tanto en las bajas, y lo son todavía menos en las altas. Tal es á lo menos la opinion que, á lo que he observado, predomina en el país.

Con muy contadas excepciones, cada familia ocupa en Londres una casa entera. Estas, construidas con arreglo á un tipo casi universal, se componen de tres pisos sobre el nivel de la calle, y otro subterráneo ocupado por la cocina y sus dependencias. En el piso bajo se en-

cuentran el comedor y una pequeña sala llamada *parlour*: el principal está ocupado por las piezas de recibio; en el segundo están los cuartos de dormir de los amos, en los que jamás pone los piés persona alguna extraña á la familia, ni aun los de mayor confianza; y en el tercero están los cuartos de los criados y el departamento especialmente consagrado á los niños pequeños, á que se da el nombre de *nursery*. Un pequeño foso, rodeado de una verja de hierro, separa la casa de la calle: la puerta que da á esta, estrecha, no muy alta y de una madera bien pulimentada permanece constantemente cerrada, salvo cuando se abre para dar paso á las personas que entran ó salen; por manera que el portal ó zaguan, y la escalera, depósito frecuentemente en nuestras casas de toda clase de suciedades, son en las de Londres verdaderas piezas de paso; en las casas de los ricos están elegantemente decoradas con estatuas y flores, de que hay en Londres maravillosa abundancia; muy raras son las que no están alfombradas desde la puerta misma de la calle hasta las guardillas, cosa que en nuestras casas de vecindad donde el zaguan y la escalera son un terreno neutro, abierto á todo el mundo, no es posible. Ya en París sin embargo se va generalizando la costumbre de alfombrar las escaleras, aun en las casas de muchos vecinos, lujo en verdad poco racional: tanto valdria alfombrar las aceras de las calles.

Otra cosa llama grandemente la atención en estas, y es la uniformidad de traje entre pobres y ricos de ambos sexos, anomalía chocante y que no me explico en un pueblo dotado de tan buen sentido como el inglés. Ver á una mujer barriendo las calles con sombrero de plumas, chal y vestido de baile; ver á un mendigo pedirle á uno limosna con frac negro, y á un carnicero llevar al hombro un enorme tasajo de vaca cruda, con levita y sombrero de copa alta, son espectáculos á que es difícil acostumbrarse. Falta en la sociedad inglesa, á lo menos en las ciudades, un traje popular; los pobres se visten allí con los despojos de los ricos, y es en verdad cosa risible y aflictiva al mismo tiempo el contraste entre unas clases y otras, aunque todas vestidas con los mismos trajes, solo que limpios y nuevos en la gente acomodada, viejísimos, llenos de girones y de los mas extravagantes solecismos de *toilette*, en la gente pobre. No es raro encontrarse dando tumbos por delante de las ricas tiendas de *Regent's Street* á una tia borracha con vestido de seda y sin zapatos: por supuesto que el tal vestido ha sido evidentemente pescado con un gancho en algun basurero, despues de haber figurado meses ántes en los salones del palacio real de Buckingham ó de San James.

He llegado al fin de este 2º artículo sobre Londres, y echo de ver que todavía no he dicho nada de lo que al parecer prometia su título: no he descrito ninguno de los magníficos monumentos con que se honra la capital de la Gran-Bretaña, ni he dicho mas que pocas palabras de sus deliciosos parques, ni he bosquejado su historia ni dado una idea de su administración municipal, rara como todas las cosas inglesas, pero de admirables resultados en la práctica. Por último, no he llevado á mis lectores á una rápida excursion por las cercanías de Londres, que serian un paraíso terrenal si Dios les hubiera dado otro clima. Yo procuraré ir poco á poco supliendo estas faltas en el CORREO; entre tanto, para completar el bosquejo (nada mas que el pálido bosquejo) de la fisonomía moral de Londres, que es lo que me he propuesto en estos artículos, réstame recordar un rasgo muy característico de la sociedad inglesa, y es el aspecto singular que toman todas sus poblaciones, en especial Londres, los domingos. El puritanismo inglés ha tomado al pié de la letra el precepto del reposo dominical, y Londres en tales días parece un cementerio: todas las tiendas están herméticamente cerradas, cesa casi por completo el movimiento de carruajes y de transeuntes por las calles, y ni es lícito tocar un piano ni reirse de una manera bulliciosa. El pueblo inglés, siempre de suyo muy taciturno, lo es doblemente los domingos: cada vecino de Londres se convierte por veinticuatro horas en fraile trapense ó en viva imágen del *Convidado de piedra*.

Réstame decir que los teatros de Londres valen poco: si se exceptúa el llamado *de la Reina*, destinado á la ópera italiana, que allí (para que todo sea á la inversa de lo que pasa en otras partes) se abre en los meses de verano, llamados por excelencia la estación (*the Season*), no corresponden á la magnificencia de aquella gran capital. Tienen los ingleses excelentes actores, sobre todo en el género trágico: el mas afamado hoy es Carlos Kean, digno heredero de la gloria artística de su ilustre padre, cuya vida llena de tempestades da asunto á uno de los mas interesantes dramas de Alejandro Dumas (*Kean ó Genio y desorden*). Lo mismo que el nuestro, y que la mayor parte de los teatros de Europa, el inglés vive hoy casi exclusivamente de traducciones de la escena francesa.

Otra peculiaridad inglesa y sea por hoy la última: los periódicos en Londres no tienen suscritores, como en todas partes, sino compradores ó mas bien alquiladores. Mediante la retribución de uno ó dos peniques se alquila el que se quiere por unas cuantas horas. Este raro método de publicación no obsta para que los periódicos ingleses sean los mas leídos del mundo. La tirada diaria del *Times* es de sobre 20,000 ejemplares, y como las dimensiones de este periódico son las de una pequeña sábana, por lo que puede decirse que equivale, cuando menos, á seis de los nuestros, resulta que entre todos los que se publican en España no gastan ni la mitad de papel ni la cuarta parte de letra que el *Times* solo,

EUGENIO DE OCHOA.

## Revista de Paris.

Alejandro Dumas, como Lamartine, como Víctor Hugo y los demás hombres célebres de nuestro tiempo, se halla condenado á un trabajo incesante que no constantemente le procura esa existencia espléndida que se imagina el vulgo. El trabajo literario tiene sus alternativas; dígalos sino Lamartine obligado á pedir una suscripción universal despues de haber escrito obras tan celebradas que parece habrían debido asegurarle una inmensa fortuna. A esto dicen los moralistas que el escritor de nuestros días carece de orden, que cuantos mas millones gana mas millones disipa, que no se sujeta en fin á la sórdida economía del tendero de comestibles. Es cierto, pero aquí solo cabe una respuesta, y es que un Alejandro Dumas económico dejaría de ser Alejandro Dumas. Esto de adquirir riquezas para atesorarlas parece contrario al genio: Chateaubriand se vió una vez, una sola vez en su vida, con cien mil pesos que le dió su librero por la edicion completa de sus obras, y gastó la suma entera en Lóndres en una fiesta que duró una sola noche. Pocos hombres han ganado con la pluma lo que Dumas, pero si tienen fama en Paris sus prodigalidades, justo es decir tambien que dotado de una naturaleza generosa cual ninguna, siempre tiene el bolsillo en la mano para el amigo y para el pobre, así como se halla dispuesto á recibir afable al que le sonrie, que sea célebre ó que no sea nada, que salga de la Academia francesa ó que venga de su lugar á buscar la vida.

Los tiempos de opulencia pasaron ya para el autor de « Monte Cristo; » ya no vive en el palacio campestre que llevaba ese nombre ni duerme en colchones de lana de cachemira, ni come en platos de esmeralda, sino que habita humildemente en una casa modesta del barrio de la Magdalena, lo mismo que un simple mortal, no lejos de M. de Lamartine. Dumas trabaja incesantemente y con una velocidad sin ejemplo, interrumpiendo solo sus horas de tarea para recibir las ménos personas que puede, lo que no impide que sea considerable el mínimum de las visitas que entran en su casa cada día. Para escribir se retira á un pabellon que tiene en el fondo de un jardín pequeño, muy escaso de plantas y de flores, pero que ofrece una particularidad digna de notarse; sus calles en vez de estar cubiertas de arena, como es costumbre, lo están de tablas en toda su longitud; Dumas ha pensado con muchísimo fundamento que ese era el mejor medio de combatir la humedad de la tierra, y en efecto, gracias al entarimado de su invención, se pasea por su jardín con las babuchas secas.

Pero basta de introducción: vengamos á los hechos. Días pasados, Dumas acababa de instalarse en su pabellon ante su bufete, cuando dos fuertes campanillazos que resonaron en el aposento del escritor le advirtieron que tenía una visita. Una visita en el momento que tomaba la pluma para escribir un capítulo de sus eternas Memorias era sin duda un contratiempo, pero no habia modo de evitarla; un jóven de aspecto mas que sencillo, de aire triste, casi vergonzante, habia entrado en el pabellon y saludaba á Dumas con aire tímido.

— Caballero, exclamó despues de hecho el saludo, pido á Vd. mil perdones por la incomodidad, pero soy un cómico, un pobre cómico de la legua sin ajusté... y he creído que si Vd. se dignara ocuparse de mí...

— ¿Tiene Vd. algun talento? interrumpió Alejandro Dumas.

El jóven se puso mas encarnado que un tomate y no respondió una palabra.

— Muy bien, prosiguió el dramaturgo sonriendo, no se halla Vd. adelantado en la carrera...

— ¿Qué quiere Vd.? Mi desgracia...  
— No le hace, no hay tiempo perdido... es Vd. jóven y quizás... ¿Su nombre de Vd.?

El cómico dió su nombre y Dumas le apuntó.

— Ahora, continuó despues de haber lanzado una mirada de reojo al sombrero que el actor no podia lustrar un poco por mas que le frotaba con la manga de su levita raída; ahora quiere decir que estaremos en ayunas.

Y mientras hablaba así, el novelista abria un cajoncito de su bufete.

— ¡Oh, caballero!

— Vaya, vaya, sé muy bien que nada pide Vd., pero entre un autor y un actor los favores están permitidos. Tome Vd., amigo mío, ya me lo pagará Vd. cuando le haya hecho entrar en algun teatro.

Y al decir esto Dumas entregaba al jóven cinco moneditas de oro de cuatro pesos... Era todo lo que habia hallado en su gaveta.

El cómico de provincia habia salido, Dumas habia tomado la pluma nuevamente, mas por segunda vez la campanilla anunció una visita. A este nuevo percance el escritor no solo frunció el ceño sino que dejó escapar una exclamación mas que elocuente. Pero pronto se desvaneció su mal humor con el aspecto del que entraba ahora en el pabellon; era tambien un cómico, pero un cómico muy aplaudido por el público de Paris, y por consiguiente en buena posición de fortuna.

Sin embargo, debemos decir que el artista traía esta vez á casa de Dumas intenciones hostiles; venia á reclamar cierta cuentecilla atrasada, muy atrasada en verdad, de cuando el dramaturgo era director del Teatro Histórico.

Dumas le alargó la mano; el cómico la tomó la estrechó alegremente, y despues inclinándose le dijo:

— ¿Y qué mas, amigo mío?

— ¿Qué mas? Te he dado la mano derecha, ahora te daré la izquierda... pero eso será todo por hoy.

— ¡Cómo! ¿Ni siquiera cien pesos?

— Tenia veinte y ahora mismo sale de aquí un pobre diablo que se los lleva; ¿qué quieres? estaba en ayunas, en mi lugar habrias hecho otro tanto. Además tú puedes esperar y él no podia.

Y como el artista no se mostraba muy convencido de la profundidad de la moraleja, Dumas se levantó, corrió á un mueblecillo de madera de cedro, y le dijo:

— Ya que no puedo darte dinero te voy á hacer un regalo que vale mucho mas que todas las monedas de oro que deseas.

— ¿Qué es? preguntó el cómico seducido por una esperanza.

— Adivina.

— ¡Oh! No sé adivinar nada cuando tengo el bolsillo vacío.

— Pues mira.

Y Alejandro Dumas mostraba triunfalmente á su acreedor un pedazo de cuerda que cortaba con cuidado en dos partes iguales.

— Es nada ménos, le decia, que ese talisman precioso que da la fortuna al que lo posee, ¡cuerda de ahorcado! Hace mucho tiempo que la habia pedido á un amigo íntimo, el alcaide de la cárcel de B., en Alemania, pero desgraciadamente nadie se ahorcaba en aquella prision, ¡mala suerte es la mia! Sin embargo, por darme gusto, la señora del alcaide tuvo la bondad de mandar á los carceleros de los reos sentenciados á muerte que dejaran en sus calabozos un poco de cuerda... y ocho días despues, en la semana última, estaba satisfecho. ¿Pero desdeñas mi regalo, tunante?... ¿No estás contento con un deudor que parte contigo tan noblemente su cuerda de ahorcado?... Pues te aseguro que con ella ántes de un año serás superior á Frederick Lemaitre y yo habré hecho otro « Antony » cuando ménos.

Con una historia de esta especie contada por Alejandro Dumas, no un amigo y admirador de su talento como el actor de que se trata, sino el acreedor mas desalmado ó implacable, saldria como si hubiera recibido el total de su deuda.

El nombre de Frederick Lemaitre nos abre el camino para pasar sin otra transición á la siguiente aventura nocturna que data de la última semana:

Era en las altas horas de la noche. M. L..., un escritor conocido, volvía al hogar doméstico cuando en una callejuela extraviada se encuentra con un trapero, que se le acerca y le dirige esta pregunta:

— Caballero, ¿tendria Vd. la bondad de prestarme cinco francos?

Cualquiera en el lugar del novelista habria contestado lo que él contestó, que no queria.

El del farolillo sorprendido, aunque no desalentado, volvió á la carga tenazmente y añadió prescindiendo ya de la cortesía en su discurso:

— Pues ha de saber Vd. que los necesito, que no puedo marcharme sin ellos.

El escritor lanzó una mirada por aquellos contornos, pero ni siquiera descubrió la sombra de un gato, lo que advertido por el otro produjo una declaracion en estos términos:

— ¡Oh! nada tema Vd.; por ahora no tengo la intencion de romperle á Vd. algunas costillas; lo juro, y aunque se ria Vd. debo advertirle que es sagrada la palabra de un trapero.

— Entonces me permitirá Vd. que siga mi camino.

— Oigame Vd. un momento. Tal como Vd. me ve, repuse con énfasis el trapero, soy en realidad de una condicion inferior á la que mi estado manifiesta. Careciendo de talento para recoger trapos y papeles á la luz del farolillo; muchas veces me ví obligado á dar sustos á la gente por la noche para procurarme la subsistencia; para las personas de mi clase la noche es el sol, pero desgraciadamente la estúpida invención del gas nos ha hecho mucho daño; siete veces me cogieron y otras tantas la justicia tuvo la sensatez de condenarme como merecia.

Estas palabras no tranquilizaban al escritor; el trapero prosiguió diciendo:

— Pero viendo que era mas torpe aun para robar de una manera provechosa, hube de resignarme al oficio que llevo; y sin embargo, debo confesar á Vd. que yo habia nacido para otra cosa, pero un amor mal correspondido...

Nuestro hombre quiso volverle la espalda, pero entonces el filósofo nocturno le cogió vigorosamente por un brazo y exclamó con una voz estentórea:

— Tiene Vd. que oirme por fuerza, su felicidad estriba en ello.

— Acabemos, contestó el otro sacando cinco francos del bolsillo, tome Vd. lo que me ha pedido, y ahora buenas noches.

— Eso no; es ya muy tarde y tiene Vd. que seguirme.

— ¿Está Vd. loco?

— Veo que tiene Vd. miedo.

¡Terrible frase! ¡Cuántas necedades se hacen cometer á un hombre con estas tres palabras: — ¡Tiene Vd. miedo!

— ¡Vamos, pues! exclamó con resolución el ofendido.

— Caballero, decia el trapero andando delante, quiero tener el gusto de que me acompañe Vd. á cenar.

— En cuanto á eso, me niego rotundamente, contestó el escritor, no me siento á la mesa con un desconocido.

— ¿Y acaso le conozco yo á Vd.? repuso el trapero.

La intriga tomaba un carácter singular. Andando así los dos personajes entraron en una casa de buena apariencia y subieron al piso segundo.

— Aquí es, exclamó el del farol, entre Vd. en la sala y hallará Vd. á su amigo X..., que le espera.

— ¿Qué quiere decir esto?

— Deseaba encontrar á Vd. á la hora en que nos hemos

visto, y su amigo de Vd. me indicó como debía gobernarme para ello.

— Pero ¿quién es Vd.?

— Un cómico bastante conocido; he querido ver si en la calle producía el mismo efecto que en el teatro con los harapos de trapero, y estoy muy satisfecho.

El escritor acababa de reconocer á Frederick Lemaitre.

Efectivamente este actor, el primero, á nuestro parecer, entre todos los grandes actores que cuenta la escena francesa, representa el papel de protagonista en la pieza titulada « El Trapero de Paris, » y lo representa con esa naturalidad, con esa maestría á la que solo alcanza un genio tan verdaderamente original, tan espontáneo y de orden tan superior como es el suyo.

MARIANO URRABIETA.

## Cancion de los pescadores de Bretaña,

TRADUCIDA POR FERNAN CABALLERO.

El señor A. Brizeux, que apellidan en Francia el Virgilio armoricano, porque canta las leyendas populares de la Bretaña y recopila sus cantos, trae en un tomo que acaba de dar á la prensa una cancion de marineros; quisiéramos ser poetas para traducirla en buenos versos en lugar de hacerlo en mala prosa.

## LOS PESCADORES.

Qué felicidad es echarse á la mar con un cielo despejado, pues tan bello es el mar como el campo; y si el cielo azul se torna negro, nuestros corazones se mantienen alumbrados por la esperanza, porque Dios nos acompaña.

El buen Jesus andaba sobre el agua,  
Camina sin temor, barquilla mia.

San Pedro, san Andrés, Santiago y san Juan, que se celebran todos los años, fueron lo que somos nosotros; y esos pescadores de peces cogieron despues hombres en sus santas redes.

El buen Jesus andaba sobre el agua,  
Camina sin temor, barquilla mia.

Sobre las olas lo vieron venir sereno y ligero cual una sombra, y Pedro tuvo miedo de seguirle y le gritó: « Señor, salvadme, que me hundo. »

El buen Jesus andaba sobre el agua,  
Camina sin temor, barquilla mia.

En tu barco, Pedro Simon, ¡qué hermoso sermón predicó Jesus al piadoso concurso! ¡y despues tus viejas redes qué de pescado cogieron! y fué la pesca milagrosa.

El buen Jesus andaba sobre el agua,  
Camina sin temor, barquilla mia.

Un día durmióse en tu barca; ¿y te acuerdas como en torno se levantó la tempestad? Tú asustado lo despertastes, y él le dijo á las olas: « apaciguaos, » y ellas bajaron la cabeza.

El buen Jesus andaba sobre el agua,  
Camina sin temor, barquilla mia.

Así es que la barca en que se sentó Nuestro Señor siempre lleva buen viento; sin temerle al mar ni á las tempestades, sigue siempre adelante la barca de san Pedro.

El buen Jesus andaba sobre las aguas,  
Camina sin temor, barquilla mia.

¡Oh Jesus, amigo de los pescadores! venid hoy con nosotros en este humilde cascaroncito. Vamos, Señor, empuñad el timon, bendecid nuestro trabajo que mantiene á la familia!

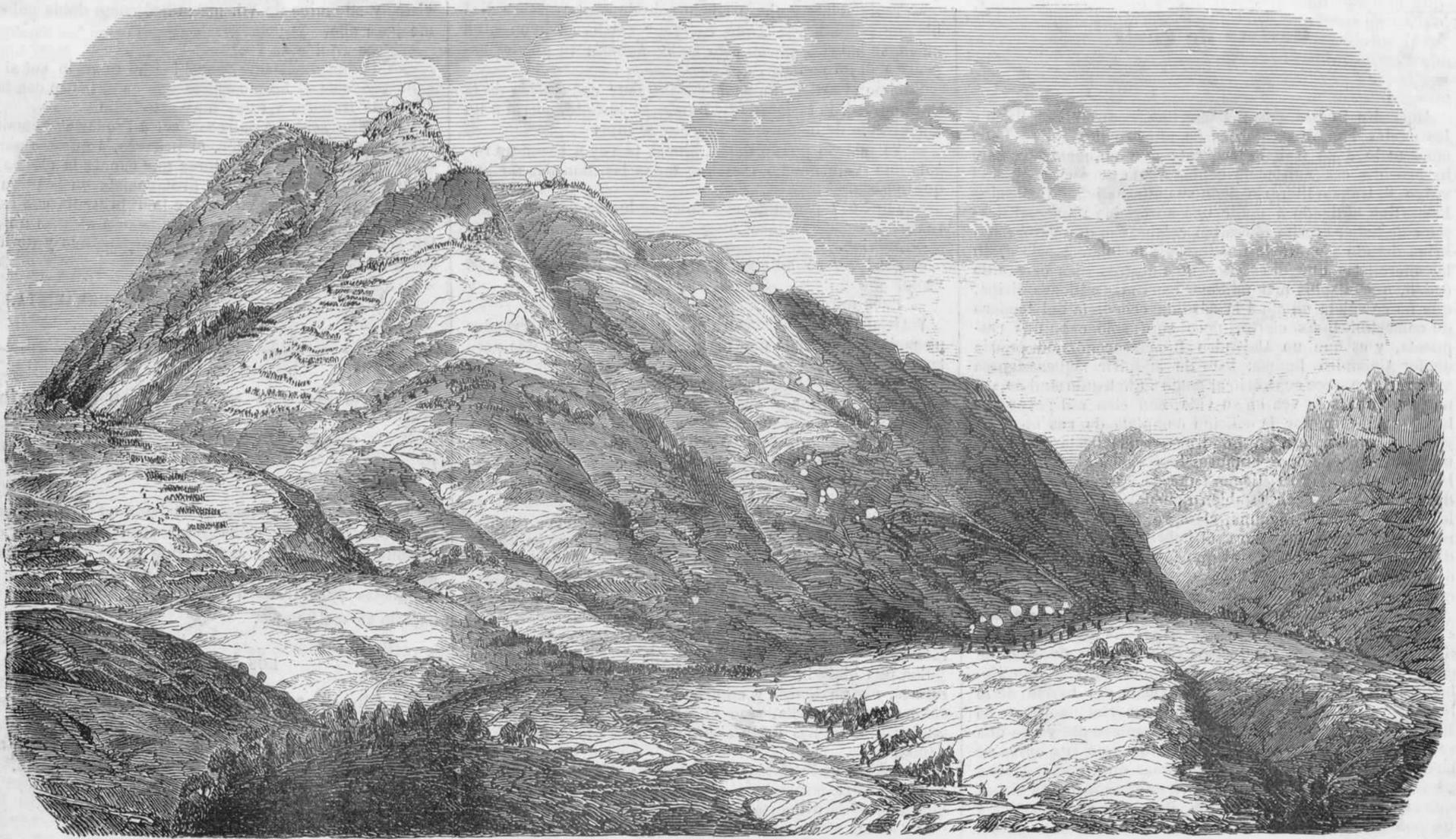
El buen Jesus andaba sobre las aguas,  
Camina sin temor, barquilla mia.

## El campo de Aïun-Solthan.

De una correspondencia francesa fechada el 5 de junio en el campo de Aïun-Solthan, tomamos los siguientes pormenores para explicación de nuestros dibujos.

La turbulencia de las tribus del Babor, dice la carta, motivó en los últimos días del mes de mayo la reunion de una columna expedicionaria delante de Setif.

El 30 de mayo el general Maissiat, que manda la division de Constantina se hallaba en el Livac de Ain Fartaf á la cabeza de nueve batallones, y el 31 caía con seis batallones sobre las facciones rebeldes de los Amucha, aumentadas con muchos contingentes kabilas. Despues de un glorioso combate del 71 y de los tiradores indígenas, los insurrectos eran rechazados y noso-



La brigada de Margadel tomando las alturas de Aiun-Solthan, el 31 de mayo de 1856.

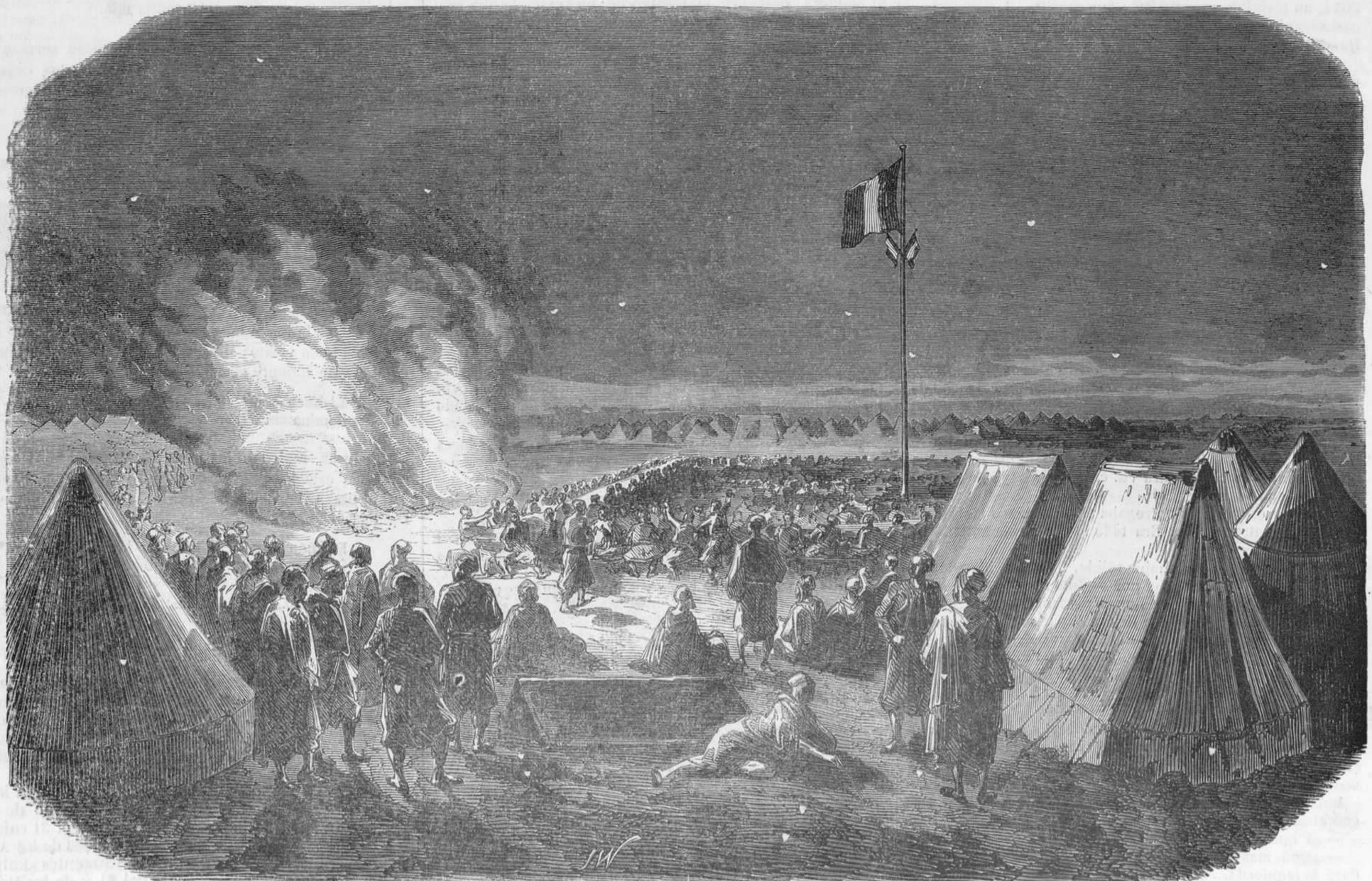
tros ocupábamos las alturas escarpadas del Djebel-Mintanon que ellos habían defendido. (Uno de los adjuntos dibujos representa el ataque de esas alturas por el 71 y los tiradores).

Pasamos la noche en el campo de batalla, y al día siguiente, 1º de junio, vinieron á unirse con nosotros las tropas de Ain Fartaf.

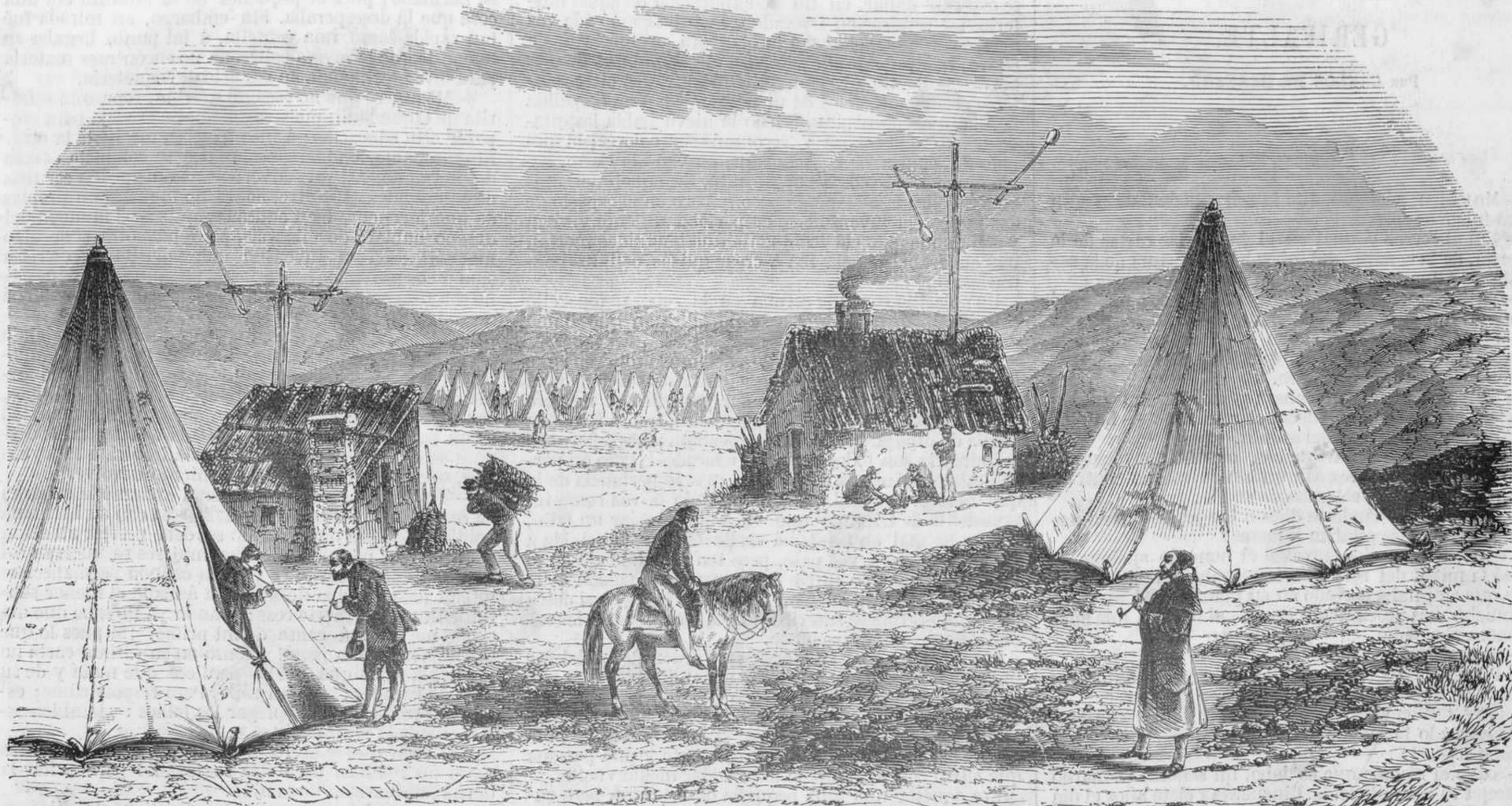
El mismo día aumentaron también la columna los dos batallones del 3º de zuavos de regreso de Oriente.

Estos valerosos soldados apenas desembarcaron en Stora, habían reclamado el honor de participar de las fatigas y peligros de sus compañeros, y estos contentísimos de verlos al cabo de más de dos años de separación, les hicieron una recepción verdaderamente fraternal. (El segundo dibujo representa la ponchada que dieron á las ocho de la noche los oficiales del tercer batallón de zuavos á sus compañeros de los batallones 1º y 22.)

Para esta fiesta de familia se habían aprovechado todos los utensilios de campaña. El árbol más alto de las tribus derrotadas la víspera se alzaba en forma de mástil adornado con banderas. En el horizonte las cumbres del Babor se destacaban sobre un horizonte despejado; por todas partes grandes hogueras iluminaban el campo y se oían aclamaciones y cánticos alegres. Esta escena tenía un encanto que no lograría reproducir el talento de ningún dibujante.



Fiesta dada á los zuavos de Crimea por sus compañeros del tercer batallón en el campo de Aiun-Solthan.



Telégrafos de los rancheros del primer regimiento de la legion extranjera en el campo de la Casa Blanca ( Crimea ).

**Crimea.**

**EL TELÉGRAFO UTILIZADO POR LOS RANCHEROS.**

Uno de los dibujos que aquí publicamos, recibido de la Crimea, da una nueva idea del espíritu ingenioso de los soldados franceses. Nuestros lectores le conocen ya, pues mas de una vez hemos hablado aquí de los mil juegos que inventaban para pasar el tiempo; pero de todas las innovaciones, la mas singular y la mas

útil es seguramente la que adoptaron los rancheros en el ejercicio de sus funciones: todos ellos utilizaron la telegrafía para ponerse en correspondencia con sus compañías.

A consecuencia de una medida puramente higiénica, las tropas debieron cambiar de sitio en los últimos tiempos, quedando solo en el terreno ocupado ántes los oficiales y los rancheros. Esta separacion tenia un inconveniente para los últimos que se hallaban asaltados en sus dominios por los mas hambrientos. Era preciso

poner coto al desórden, y uno de los rancheros elevó un verdadero telégrafo que mediante ciertas señales con- venidas advertia que el rancho estaba pronto. Los hom- bres de servicio corrian y todos quedaban satisfechos. Inútil es añadir que los telégrafos servian tambien para otros usos; los capitanes los empleaban para llamar al sargento mayor, para transmitir órdenes, etc.

En el dibujo que publicamos se ven únicamente dos cocinas: cada compañía tiene la suya y por consiguien- te su telégrafo.

R.



Un vencedor de Sebastopol contando á un recluta sus proezas.

## GERIFALTE.

POR CARLOS DE BERNARD.

(Continuacion.)

— Muy bien, adelante, dijo la señorita de Corandeuil; luego fuiste al correo.

— Fui al correo y metí en el buzón las cartas de la señorita, de la señora, del señor barón y una de la señorita de Alina para el caballero de Artigues.

— ¡Alina escribe á su primo! ¿Sabías eso? preguntó vivamente la solterona volviéndose hácia su sobrina.

— Siguen una correspondencia en regla, contestó la jóven con una sonrisa como queriendo manifestar que en ello veía muy poco peligro.

La solterona meneó la cabeza y sacó mucho el labio inferior, pantomima que decía claramente: — En otra ocasión nos ocuparemos del asunto.

Clemencia impacientemente ya con aquel interrogatorio tomó la palabra á su vez con un tono vivo que contrastaba con la lentitud solemne de su tía:

— Rousselet, ¿cuándo te dieron los periódicos no notaste si las bandas estaban intactas?

A esta interrogación precisa el honrado anciano se ocultó la mitad del rostro en la corbata, y la especie de baile que ejecutaba clavado en su puesto tomó un compás mucho más precipitado. En fin, al cabo de una buena pausa respondió.

— Seguramente... señora.

— Pues si los periódicos estaban cerrados entonces, la culpa de que hayan sido abiertos sobre ti recae.

Rousselet se enderezó súbitamente y dando á su rostro avellanado la mayor majestad posible, contestó con un tono solemne:

— Salvo el respeto que os debo, mi señora, Leonardo Rousselet es bien conocido. Cincuenta y siete años el día de San Huberto. Soy incapaz de abrir los periódicos. Cuando se han leído en el palacio y me envían con ellos á casa del cura, no digo que no; andando eso distrae, y luego el cura es Juan Bartou, el hijo de José Bartou el Tejero. Pero antes de que se lean aquí, nunca, Leonardo Rousselet es un viejo incapaz de semejante villanía.

— Cuando pronuncies el nombre del pastor te expresarás en otros términos, exclamó la solterona, aunque por su parte no hablase nunca en la intimidad del sacerdote plebeyo del modo más respetuoso; pero si para ella el hijo de José Bartou, con sotana ó sin ella, era siempre el hijo de José Bartou, para los aldeanos quería que fuese el señor cura.

Clemencia cansada de tanta charla meneó la cabeza con impaciencia y dijo en un tono imperativo:

— Estoy segura de que los periódicos han sido abiertos por tí ó por las personas á quienes los hayas confiado, y esto es lo que quiero descubrir inmediatamente.

Rousselet abandonó su postura de senador romano, y pasándose la mano por detrás de las orejas, ademan familiar á las personas que se hallan en un apuro, repuso con un acento menos enfático:

— De vuelta me detuve en la Halconería, en la Mujer sin Cabeza...

— ¿Y qué tienes que hacer en las posadas? interrumpió la señorita de Corandeuil con una voz severa. Ya sabes que aquí no permitimos que los criados frecuenten las tabernas ni otros sitios semejantes que solo sirven para pervertir las costumbres de las clases bajas.

— ¡Criados!... ¡clases bajas!... ¡mala lengua aristocrática! murmuró sordamente Rousselet, pero sin dejarse arrastrar por su mal humor, repuso con una voz melosa:

— Si la señorita hubiera hecho alguna vez el camino en el mismo carruaje que yo, sabría que es un poco largo. Entré en la Mujer sin Cabeza para descansar y remojar las fauces, y estaba allí cuando la señorita Reina, la hija de la señora Gobillot, dueña de la posada, me pidió permiso para ver un rato el periódico amarillo donde hay pintados caballeros y damas con bonitos trajes, y consentí: era para admirar las papalinas y las cintas, futilidades de mujer.

La solterona se echó á reír con toda la fuerza de sus pulmones.

— ¡La Gobillot leyendo la *Moda*!... ¡Su hija estudiando los vestidos y los chales!... ¿qué dices de eso, Clemencia? Ya verás como manda traer sombreros de Herbault... ¡Ja, ja, ja!... Esto se llama el progreso de la civilización, el siglo de las luces.

— ¿Y es la señorita Gobillot, preguntó Clemencia fijando en el anciano una mirada penetrante, la única que haya visto ese número de la *Moda*? ¿no había gente en la posada?

— Señora, respondió Rousselet acosado en sus últimas trincheras, había dos jóvenes comiendo, uno de ellos con barba muy larga.

— ¿Y el otro?

— El otro estaba afeitado como yo: cero en punto á señales particulares; este se quedó con el periódico mientras su compañero el de la barba salió con su pipa á la puerta.

Clemencia suspendió aquí el interrogatorio y cayó en una meditación profunda. Con los ojos clavados en el número de la *Moda*, parecía que estudiaba las menores líneas de aquel dibujo improvisado allí, como si

se esperase hallar en fin la explicación de aquel misterio. Su respiración irregular, la animación cada vez más viva que coloreaba la blanca ordinaria de su rostro, habrían denunciado á un ojo atento una de esas borrascas del alma cuya manifestación física ofrece síntomas semejantes á los de un acceso de fiebre. La pálida flor de invierno expirante bajo la nieve había levantado de súbito la cabeza y recobrado sus colores; la melancolía, contra la cual luchaba en vano la jóven, había desaparecido como por encanto. En aquella organización delicada aletargada poco á poco en el espacio de dos meses, la juventud se despertaba ardiente y viva, y allí donde parecía inminente una languidez mortal, una superabundancia iba á crear quizás peligros contrarios.

Un pajarillo con una corona en la cabeza, todo ello mal dibujado, tal era el extraño talismán que había producido ese cambio de escena.

— Serán horterillas de viaje, exclamó la solterona que tenía siempre la pretensión de adivinarlo todo; sin duda uno de ellos al leer en la faja del periódico el nombre tan conocido del señor de Bergenheim, habrá tenido la gracia de dibujar el animal en cuestión. ¡Esos señores de la industria son todos tan bien educados! Pero en verdad estamos dando á este asunto más importancia de la que merece. Leonardo, añadió alzando la voz como un presidente de tribunal que va á pronunciar un fallo, has hecho mal en prestar á nadie una cosa dirigida á tu amo. Por esta vez pase, pero ten más cuidado en lo sucesivo, y cuando entres de nuevo en la posada de la señora Gobillot, dirás de mi parte á su hija que si desea leer la *Moda* que se suscriba á ella, puedes darla las señas. Ahora estás despachado.

Sin esperar á que le dieran otra orden Rousselet fué marchando hácia atrás, como un embajador que sale de una audiencia real, escoltado de la perrilla á guisa de maestro de ceremonias. No habiendo calculado bien la distancia acababa de tropezar con sus hombros en la puerta cuando esta se abrió de repente y una persona que entró con paso rápido le hizo dar media vuelta.

Era aquella una niña pequeña de estatura, pero cuyas formas perfectamente desarrolladas presagiaban cierta tendencia á la robustez en los años venideros. Pertenecía á la familia de los Bergenheim, á juzgar por la semejanza que existía entre sus rasgos característicos y los de algunos de los retratos colgados en la sala. Vestía un traje de paño oscuro de cola larga, como si estuviera á punto de montar á caballo. Un sombrero de fieltro ceniciento puesto de lado dejaba al aire por el lado izquierdo una gran trenza de cabellos muy rizados de un rubio claro y brillante. Este tocado y el velo negro que flotaba á cada movimiento como el plumero de un casco, daban un aire particular de desenvoltura al fresco rostro de aquella graciosa amazona que blandía á guisa de lanza un tacó de villar.

— Clemencia, exclamó con una petulancia incomparable, acabo de ganar á Cristian; he hecho primores en la carambola. Señorita, acabo de ganar dos partidas á Cristian, que ya solo me da diez y ocho rayas. Tío Rousselet, he ganado á Cristian. ¿Sabes jugar al villar?

— Señorita Alina, sé poquisimo, respondió el aldeano con una sonrisa y tratando de encontrar su aplomo.

— Rousselet, te he dicho que te vayas, exclamó la señorita de Corandeuil, y al salir cierra la puerta.

Cuando se obedeció su orden, la solterona se volvió gravemente hácia la jóven Alina que se había puesto á bailar en medio del cuarto y tomaba las manos de Clemencia para obligarla á tomar parte en su gozo de niña.

— Señorita, exclamó la vieja con severidad, ¿se usa en el convento entrar en una sala sin saludar á las personas que se encuentran en ella y brincando como una loca?

Alina se detuvo en medio de su danza y se sonrojó un poco; en vez de responder quiso hacer fiestas á Constanza, pues, como Rousselet, sabía que era el medio más seguro de suavizar el corazón del ama. Pero esta vez la astucia no obtuvo el éxito apetecido.

— No la toques, exclamó la solterona como si hubiese visto un puñal suspendido sobre la cabeza de la perrilla, no la ensucies. ¿Qué traes en los dedos, niña? ¿Sales de una fábrica de añil?

La colegiala sonrojándose más cada vez miró sus bonitas manos un poco manchadas efectivamente, y principió á limpiarlas con un pañuelo bordado que sacó del bolsillo.

— Es la tiza del villar, respondió á media voz; se usa para frotar la suela y hacer los efectos.

— ¡La suela! ¡los efectos!... Mira, niña, prescinde de esas palabras que no comprendo yo, repuso la señorita de Corandeuil cuya aspereza aumentada al par de la confusión de la jóven; ¡qué buena educación para una señorita! ¡Y sale del convento donde ha ganado cinco premios no hace quince días!... No sé en que piensan esas buenas señoras... Y ahora supongo que vas á montar á caballo... ¡el villar y el caballo; el caballo y el villar! ¡En mi vida he visto otra!

— Pero, señorita, dijo Alina alzando sus hermosos ojos azules á punto de llorar, estamos en vacaciones y he creído que podía jugar con mi hermano; ¡en el convento no hay villar, y es tan divertido!... Luego es como la equitación; el médico dice que me será muy saludable, y Cristian piensa que me hará crecer un poco.

La niña al pronunciar estas palabras se volvió á mirarse un poco en el espejo á fin de descubrir si acaso desde la última vez que se había mirado, y no hacia mucho tiempo, se había realizado ya la esperanza de

su hermano; pues la pequeñez de su estatura era una cosa que la desesperaba. Sin embargo, su mirada fué tan rápida como una centella, á tal punto llegaba su temor de que la severa solterona no encontrase materia para otra reprimenda en ese acto de coquetería.

— Me alegro que no seas mi sobrina, repuso la señorita de Corandeuil, pues soy demasiado vieja para empezar otra educación; á Dios gracias, me basta la otra. Ninguna autoridad tengo sobre tí, y tu conducta es cosa del hermano. Así mis advertencias no pueden ser más desinteresadas; tus diversiones no me parecen propias de una jovencita bien educada; quizás es la moda del día, no hablaré de ello más, pero hay otra cosa algo más seria; en mi juventud una señorita no escribía sino á sus padres, y tus cartas al primito de Artigues — no me respondas — son una inconsecuencia que debe cesar cuanto antes.

La señorita de Corandeuil se levantó recapitulando que en aquella mañana había tenido ocasión de amonestar á tres personas, y que por consiguiente no podía decir como Tito: «He perdido el día.» Así pues, con una satisfacción de sí misma, igual á la majestad de un pavo, salió del salón escoltada de su perrilla después de haber hecho una reverencia irónica á la jovencita, que esta no tuvo por conveniente devolverla.

— Teneis una tía muy gruñona, exclamó la señorita de Bergenheim en cuanto se halló sola con su hermana política. Cristian dice que no se debe prestar atención á sus rarezas porque todas las mujeres se vuelven así cuando no se casan. Pues yo aun cuando permaneciese soltera toda mi vida nunca daría á nadie el menor sentimiento. — Es fuerte cosa; cuando ya no sabe que decirme me riñe á causa de mi primo. ¡Si pues lo que escribimos vale la pena! Alfonso en su última carta no me habla más que de las perdices que mata y de su traje de cazador; ¡es tan niño! Pero respondedme; estais ahí sentada sin desplegar los labios: ¿también estais enfadada contra mí?

Y al decir esto se acercó á Clemencia y quiso sentarse sobre sus rodillas, pero esta se levantó para evitar la tierna familiaridad de la niña.

— ¿Con qué habeis ganado á Cristian, la dijo con un tono distraído, y ahora vais á montar á caballo? — El vestido que lleváis os sienta divinamente.

— ¿De veras? ¡oh, cuánto me alegro! repuso la jóven colocándose delante del espejo para contemplar en él su graciosa persona; se estiró el corpiño, arregló los anchos pliegues de su falda, colocó bien su velo que flotaba en desorden, se caló el sombrero dándose con él un aire más travieso que el que antes tenía, dió media vuelta para juzgar mejor el efecto de su traje, y en fin, hizo las mil coqueterías que todas las niñas bonitas aprenden al venir al mundo. Del examen sin duda resultó para ella alguna satisfacción, pues se sonrió al espejo dejando ver una dentadura blanca como la leche.

— Ahora me pesa, dijo, no haber pedido un sombrero negro; tengo un pelo tan claro que este sombrero ceniciento me hace muy fea, ¿no es verdad? Pero respondedme, Clemencia; no es posible arrancaros hoy una palabra; ¿estais con la jaqueca?

— Algo hay de eso, respondió la jóven para dar un pretexto á la preocupación que embargaba su ánimo.

— Pues entonces deberíais montar á caballo y venir con nosotros hasta el bosque del Cuerno; el aire os aliviaría. Mirad, qué hermoso se ha puesto el tiempo; irémos á galope por la alameda; vamos, ¿quereis venir? En dos minutos os pongo el vestido; voy á decir á Cristian que mande ensillar vuestro caballo; pero oigo ya su voz en el patio, venid, pues, con nosotros.

Y la niña tomando á Clemencia de la mano la llevó á otro aposento detrás de la sala y abrió una vidriera para ver lo que pasaba en el patio donde ya se oían chasquidos de látigos y voces de muchas personas. Un criado paseaba un caballo alto que acababa de sacar de la cuadra, y el barón llevaba de las riendas otro más pequeño con silla de mujer. Al oír que se abría una ventana se volvió y saludó á Clemencia con una afectación de galantería.

— Alina monta Titania; exclamó la señora de Bergenheim haciendo un esfuerzo para hablar; estoy segura de que al cabo la jugará una mala pasada.

La niña que quería montar la yegua recelosa porque tenía para ella el atractivo del fruto prohibido, dió con el codó á su hermana política, haciendo al mismo tiempo una bonita mueca.

— Alina no tiene miedo de nada, repuso el barón, y hemos de alistarla en los húsares en cuanto salga del convento. Vamos, Alina.

Al oír la llamada, la niña dió un beso á Clemencia, se recogió la cola de su vestido para no enredarse y echó á correr con todas las fuerzas de sus piernas. Un momento después estaba en el patio haciendo caricias á su querida yegua torda.

— A caballo, dijo Cristian.

Y tomando el pié de su hermana en una mano ancha como un estribo turco, la subió con el otro brazo y la colocó sobre la silla tan fácilmente como si hubiera sido una criatura de seis años. Luego montó él sobre su gran caballo de batalla, saludó á su esposa por segunda vez, se colocó á la derecha de Alina, dió un latigazo á Titania, y la pareja saliendo al galope desapareció en el recodo que conducía á la puerta principal del palacio.

Clemencia en cuanto los hubo perdido de vista entró en su cuarto, tomó un pañuelo sobre su cama y bajó rápidamente á los jardines por una escalerilla falsa.

## IV.

Las habitaciones de la baronesa de Bergenheim ocupaban el primer piso de una de las alas del palacio del lado del poniente. En el piso bajo estaban la biblioteca, una sala de baños y algunas piezas a la sazón sin destino. Las ventanas ensanchadas y regularizadas tenían un aspecto moderno, armonizado con lo demás del edificio por medio de una pintura cenicienta. Al pie de esta fachada una praderilla rodeada de flores y de árboles formaba una especie de jardín inglés, santuario de verdura reservado á la dueña del castillo y que le daba en tributo todas las mañanas el perfume de sus flores y la frescura de su sombra. Por entre las copas de los abetos y las hojas de algunos tulipanes que dominaban los grupos de arbustos, la vista podía seguir las sinuosidades del río que al fin desaparecían en lo alto del valle. Esa vista pintoresca y de un horizonte mas abierto que el de las otras perspectivas, habia decidido á la baronesa á elegir para su morada particular esa parte del gótico castillo.

Después de haber atravesado la pradera, la jóven abrió la puertecilla de una valla oculta entre las matas y se halló bajo los plátanos á la orilla del río. Esa arboleda descubría una curva en torno del jardín inglés y conducía á la entrada principal; en el sentido opuesto se prolongaba en una doble hilera de árboles gigantes entre el río y el parque. Por un lado el aspecto monótono del torrente; por otro la melancolía de los bosques, daban á ese sitio el carácter de soledad que apetece las personas meditabundas.

La noche se aproximaba y el paisaje turbado momentáneamente por la tempestad habia recobrado su calma. Las hojas de los árboles, como sucede después de la lluvia, ofrecían ese vigor de tonos que hace en esos momentos la campiña comparable á un cuadro recién barnizado. El sol en el ocaso proyectaba largos rayos entre los plátanos cuyas ramas escamosas se entrelazaban parecidas á un bosque de boas inmóviles.

Bajo esa bóveda mas misteriosa y sombría á cada instante se adelantaba Clemencia lentamente con la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el pecho, envuelta en un pañuelo grande de cachemira verde, puesto con esa elegancia y esa distinción propia de las mujeres bien nacidas. La baronesa de Bergenheim tenía una de esas fisonomías que las mujeres, en su manera vulgar de juzgar la hermosura, llaman poco notables, pero que inspiran una invencible pasión al hombre inteligente. A la primera ojeada apenas parecía bonita; á la segunda excitaba una atención involuntaria, y después era difícil separar de ella los ojos y el pensamiento. Una armonía singular y muy marcada unía rasgos que habrían parecido irregulares considerados aisladamente y colmaba la expresión de su conjunto como un velo vaporoso suaviza una luz demasiado fuerte. Era casi imposible señalar el carácter de aquella fisonomía, tan fecundos en distinciones y contrastes eran todos los pormenores de ella. Los cabellos de un castaño claro y suave se redondeaban en torno de las sienes en curvas anchas y aplastadas, con una especie de ingenuidad, en tanto que las cejas mas oscuras daban á veces á la frente una gravedad que imponía.

Igual contraste reinaba en la boca: la corta distancia que la separaba de la nariz habria parecido, según Lavater, el indicio de una energía viril; pero el labio inferior que salía redondo con esa gracia que se ha llamado austriaca, impregnaba su sonrisa de una voluptuosidad angélica. La fresca palidez del rostro neutralizaba vagamente lo que podían tener de poco pronunciados los contornos del óvalo. La vista se recreaba blandamente al contemplar aquella tinta melancólica cuya pureza de rosa blanca no alteraba ningun matiz vivo. El corte un poco aguileño de los rasgos, el brillo excesivo de sus ojos oscuros que entre sus párpados negros parecían dos diamantes engarzados en azabache, habrían en fin dado al conjunto un carácter quizás demasiado vigoroso, si los ojos cuando se velaban á medias bajo sus párpados no hubiesen templado su extraordinaria brillantez con una mirada húmeda de una dulzura inexplicable.

El efecto que producía aquel rostro podía compararse con el de un prisma que refleja en cada una de sus facetas un color distinto. La llama que ardia bajo aquella superficie movidiza, y que señalaba á veces su presencia con un destello repentino, tenía su foco tan recóndito que su completa revelación parecía cosa imposible. Coqueta ó sencilla, gran señora ó devota, ángel del cielo ó ángel caído, en una palabra, cuanto hay de mas egoísta en el orgullo ó de mas exaltado en la ternura, todo podía suponerse, pero nada se adivinaba. Un observador atento habria comprendido que habia allí una de esas almas donde vibran todas las pasiones humanas, pero quizás se habria engañado: ¡hay tantas mujeres que solo en los ojos tienen alma!

En aquel instante el arrobamiento de la baronesa de Bergenheim hacia mas impenetrable aun el velo misterioso que ordinariamente envolvía su fisonomía. ¿Qué sentimiento le hacia inclinar de aquel modo la cabeza, y daba á su andar aquella lentitud meditabunda? ¿Era el enojo que habia confesado á su tia? No es creíble, pues ese triste hábito del alma se manifestaba por síntomas particulares; el entorpecimiento de las facultades intelectuales, la dilatación de las fibras, la somnolencia de las facciones, la atonía de la mirada caracterizan el fastidio que ha llegado á ser crónico. Ahora bien, los ojos de Clemencia no habian tenido nunca un brillo mas vivo y mas intenso y las arrugas movibles de su

frente anunciaban una excitación de ánimo llegada á su último periodo.

¿Era melancolía? El ruido monótono del torrente, el canto de los pájaros en la enramada, los largos reflejos dorados que se deslizaban entre las hojas de los árboles, el ambiente ligeramente embalsamado que habia dejado la tormenta, algunos sonidos lejanos que aumentaban la calma de la soledad, todo parecia contribuir á derramar en el alma una tristeza suave; pero sin embargo, la baronesa de Bergenheim no acordaba ni una mirada ni un suspiro á esa naturaleza elegiaca. Su meditación no se perdía en ilusiones, era seria; no era recuerdo del pasado, sino preocupación del presente. Habia en los destellos rápidos é inteligentes que saltaban de sus ojos cuando los alzaba algo de esencialmente actual, preciso y positivo: era como la prevision de un drama próximo. El drama sobrevino.

Un momento después que habia pasado por delante del puentecillo de madera que desembocaba en la calle de árboles, un hombre vestido con una blusa le atravesó y la siguió. Oyendo detrás de sí el ruido de unos pasos precipitados Clemencia se volvió y se halló frente á frente con el forastero que durante la tempestad habia tratado en vano de atraer sus miradas.

Hubo un instante de silencio.

El jóven, inmóvil, queria recobrar su libre respiración cortada por una emoción muy viva ó por la rapidez de la marcha.

La baronesa de Bergenheim inclinada hácia atrás y con los ojos muy abiertos le miraba con un aire de agitación mas bien que de sorpresa.

— ¿Sois vos, exclamó el jóven con fuerza, vos tanto tiempo perdida para mí y que ahora encuentro?

— ¡Qué locura, caballero! respondió Clemencia con voz muy baja y extendiendo su mano para detenerle.

— Por piedad, no me mireis así, dejadme que os contemple, quiero persuadirme de que os veo. ¡Hace tan largo tiempo que anhelo este instante! ¿no le he pagado bastante caro? ¡Dos meses lejos de vos, lejos del cielo! dos meses de tristeza, de pena, de infortunio.... Pero ¡qué pálida estais! ¿tambien habeis padecido?

— Mucho, en este momento.

— ¡Clemencia!

— Caballero de Gerifalte, llamadme señora baronesa, interrumpió la jóven con un tono muy serio.

— ¿Cómo no obedeceros? ¿no sois mi dama, mi reina?

El jóven se inclinó doblando la rodilla como en señal de vasallaje, y quiso tomar una mano al punto retirada.

Clemencia escuchaba con poca atención las palabras que la dirigían; sus ojos inquietos vagando en todos sentidos interrogaban con ansiedad los menores accidentes de la espesura y del terreno.

Gerifalte comprendió esta pantomima, y estudiando á su vez la localidad, en breve llegó á descubrir á poca distancia un sitio mas propio para semejante conversación que aquel en que se hallaban. Era una hondonada semi-circular que se abría en una de las arboledas del parque. Un banco rústico apoyado en el tronco de una encina á la orilla de la plazoleta parecia estar colocado expresamente convidando á la soledad, ó al dulce coloquio de dos amantes. Desde allí se podía descubrir todo peligro y en caso de alarma el bosque ofrecía un asilo seguro. Bastante experimentado en estrategia galante para comprender las ventajas de esa posición, el jóven se dirigió sin afectación á ese lugar mientras seguía hablando. Sea por ese instinto que en una situación interesante nos hace seguir maquinalmente un impulso extraño, sea que la guiara el mismo pensamiento de prudencia, la señora de Bergenheim marchó al lado del jóven.

— ¡Si pudieseis comprender, la decía este, lo que he sufrido cuando no pude encontraros ya en París! Al pronto me fué imposible descubrir vuestro paradero: unos decían que habiais marchado á Corandeuil, otros á Italia, y esa salida tan repentina así como el cuidado con que queriais ocultar el lugar de vuestra residencia, me hicieron suponer que me huiais. ¡Oh! decidme que me engañé; ó si es cierto que habeis podido pensar en separaros de mí, decidme que esa crueldad ha salido ya de vuestra alma y que me perdonais el haberos seguido. Me perdonais, ¿no es cierto? Si os inquieto, si os atormento, culpád solo á mi ardor indómito que me aconseja á veces los proyectos mas extravagantes, á ese amor temerario, insensato, si quereis, ¡pero tan verdadero, tan grande!

Clemencia no respondió á estas palabras pronunciadas con ardor sino meneando su bonita cabeza como hace un niño que oye zumbir una abispa cuya picadura teme, y luego, como habian llegado delante del banco, le dijo con una sorpresa afectada:

— Os engañais, este no es vuestro camino, debeis tomar por el puente.

Habia en estas palabras un artificio palpable, pues si el camino que habian seguido no conducía al puente, tampoco llevaba al castillo, y el error, caso de haber error, era de entrambos.

— Os pido que me escuchéis, respondió el jóven con una mirada suplicante; tengo tantas cosas que decir; por piedad, concededme un momento.

— ¿Y después me obedeceréis?

— Después haré cuanto quereis.

Clemencia vaciló un instante; pero tranquilizada sin duda su conciencia por aquella promesa, se sentó haciendo con la mano una señal para permitir al caballero de Gerifalte que siguiera su ejemplo.

El jóven no esperó á que le repitieran la invitación,

y se colocó hipócritamente en una de las puntas del banco.

(Se continuará.)

## Lyon después de la inundación.

El autor de la mayor parte de los dibujos concernientes á las inundaciones que damos en este número, escribe de Lyon las tristes líneas que siguen:

Muy tarde acudo á dar noticias de la catástrofe que ha dejado en ruinas una parte de la ciudad de Lyon. Aldeas, arrabales populosos sumergidos de repente bajo las aguas por una de esas crecidas súbitas como solo se han visto hasta hoy en Holanda, habitaciones destrozadas, familias perdidas, todo el mundo se halla enterado de tales desgracias, y quizás la curiosidad pública cansada ya busca alimento en otros sucesos, y la distracción y el olvido han enfriado el celo caritativo de los primeros días. En este caso me felicitaría de mi tardanza, si el atractivo de una relación ilustrada puede excitar de nuevo la atención y despertar el ardor aletargado: y no es que tenga el ánimo de hacer apreciar toda la extensión de la catástrofe; para eso habria necesitado solicitar un espacio mayor en el periódico, habria tenido que pedir al arte del grabado nuevos secretos, y sobre todo me habria sido preciso el talento que me falta para pintar esa horrible escena de desolación en todo su horror. Además, hay que advertir que solo penetrando bien en las calles se presentan las ruinas á los ojos; de lejos las casas parecen aun en pié; pues hay algunas paredes exteriores que han resistido en efecto, pero mirando por las ventanas destrozadas solo se distingue el vacío: muros, techos y suelos, todo está en ruinas; no quedan, digámoslo así, mas que esqueletos de edificios. Fuera, sobre todo en los lugares del campo, la vista se pierde sobre los escombros, las casas no existen y solo se ven montones confusos de muebles, de maderos y materiales, que desafían para su reproducción al lápiz del hombre mas paciente. Entre esos montones informes se descubren efectos singulares como los que he dibujado: muebles que se han quedado colgando de vigas medio en el aire; cuartos que parecen haberse abierto y se ofrecen á la vista con su amueblado interior tan completo como si los habitantes acabasen de dejarlos momentáneamente. Observé una casa que se habia hundido toda excepto un solo aposento que habia quedado intacto; un *inundado* que estaba registrando los escombros de la habitación destruida, se acercó á mí y señalando una pequeña imagen de la Santísima Virgen colocada sobre la puerta, me dijo: « ¿No parece eso un milagro? » Era en efecto cosa singular aquel aposento sin una grieta en medio de las ruinas, cuando las piezas contiguas y hasta el piso bajo, estaban reducidas á un montón de escombros.

Nada diré de tantas escenas de horror y de desesperación como pasaron en aquel triste día del 31 de mayo. ¡Cuántos dramas horribles cuyo secreto guarda la muerte y que apenas pueden sospecharse por las revelaciones del sepulcro! ¡Aquella madre á quien hallaron muerta con sus dos hijos, aquel niño cuya actitud manifestaba aun los esfuerzos inútiles y desesperados que hizo para salvar á su padre, y como contraste aquella otra víctima que tenia en sus manos crispadas el teleguillo de dinero que quizás habia sido causa de su muerte! No hablaré tampoco de los muchos rasgos de valor que se vieron en aquellos momentos, rasgos de energía y de abnegación que no por ser oscuros fueron menos heroicos. Lo que sí diré es que por todas partes se halló un valor igual para combatir el cruel azote; en esa tarea se distinguieron las autoridades y los habitantes, el clero y los soldados merecedores de este hermoso elogio « que habian practicado el heroísmo de la abnegación y del sacrificio con la modestia y la sencillez del deber; » y luego cuando hubo que recoger las víctimas del desastre, entonces brilló la hospitalidad del pobre que halló sitio para muchos en su estrecha morada y del rico que no tembló por sus muebles preciosos y sus magníficas habitaciones.

En el primer momento la inminencia del peligro parecia que atenuaba su horror; pero después cuando volvieron la calma y la reflexión, cuando las aguas al retirarse, dejaron á descubierto las ruinas en toda su desolación, entonces el espectáculo fué mas triste aun; entonces principiaron á hacerse los funerales de los que habian sucumbido y cuyos cadáveres se encontraban en las ruinas; se depositaba el féretro en un carro, con los sepultureros y el sacerdote, y de ese modo se atravesaban silenciosamente las calles inundadas por entre las casas desiertas hasta que al llegar al límite de la inundación los hombres sacaban la caja del carro y la llevaban á hombros al cementerio.

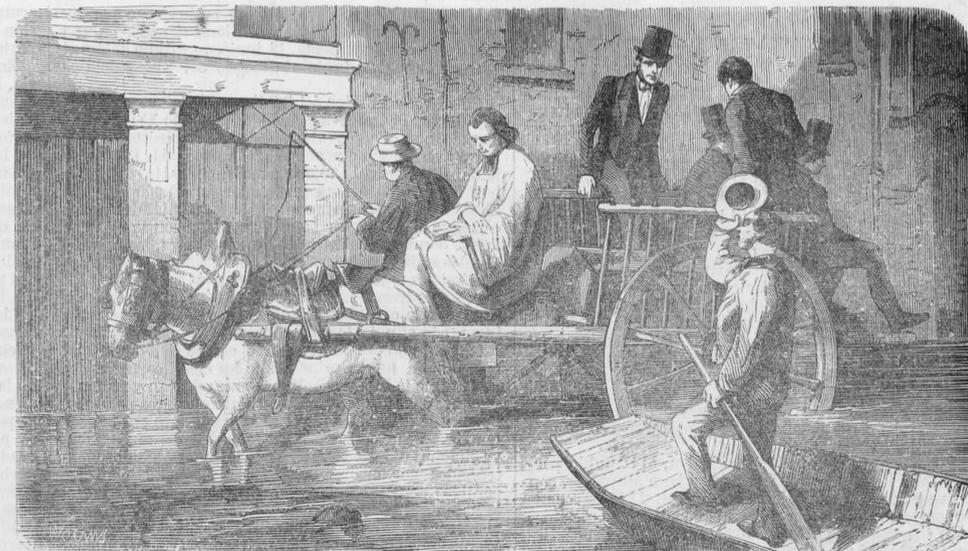
En uno de mis dibujos he reproducido el aspecto de una calle de los Brotteaux donde no habian llegado las aguas y donde se veían montones de muebles y utensilios cuyo desorden y confusión anunciaban el ansia y la turbación con que se habian reunido de aquel modo. (Véase la página 44). Allí cerca de los muebles vi dos niños: el mas jóven se habia dormido bajo el peso del cansancio y de las emociones de la noche anterior, y el mayorcito velaba con inquieta solicitud; todo en ellos á pesar del desorden de sus vestidos indicaba una buena educación; sus padres sin duda los habian dejado allí para correr en busca de otros objetos. — En mis dibujos se hallarán otros episodios que se explican suficientemente por sí mismos.



Artilleros evacuando las casas.



Ruinas de casas en Villeurbanne.



Un entierro durante la inundacion.



Ruinas de casas en los Brotteaux.



Un campamento de obreros en las Charpenne.



Ruinas de casas en las Charpenne.

## De la Besarabia,

DE LAS BOCAS DEL DANUBIO Y DEL TERRITORIO QUITADO A LA RUSIA POR EL TRATADO DE 30 DE MARZO.

La guerra de 1828 y 29 y el tratado que la terminó habían adelantado las fronteras rusas del Dniester hasta el Pruth, lo cual equivalía á dar á la Rusia la posesion de las bocas del Danubio. Por ellas el imperio del autócrata adquiría la facilidad de molestar y de contrariar, con arreglo á sus intereses, al comercio, que procuraba dirigirse hácia esta grande arteria fluvial, que atraviesa una parte de la Europa. El interés de la Rusia estribaba en atraer un gran comercio marítimo á sus puertos, y en estorbar el desarrollo de la riqueza y de la prosperidad, que una navegacion activa por el Danubio podia producir á los Estados ribereños, y especialmente á la Turquía y á los Principados. No le convenia, por ejemplo, que los trigos de la Hungría, de la Bulgaria y de la Valaquia, tuviesen facilidad de concurrir por el Danubio á los mercados donde se hallasen los cereales de Odessa y de Tanganrog; cálculo egoísta sin duda, pero conforme á los principios de la antigua doctrina económica, segun los cuales la prosperidad agrícola y comercial de un Estado debía considerarse como una calamidad para sus vecinos.

Por efecto de esta política exclusiva, el Danubio permanecía lleno de arena, y con su boca obstruida, con grave perjuicio de la Alemania central, si bien de cuando en cuando se afectaba trabajar algo en su limpieza, pero sin valerse de los medios necesarios para conseguirla. Cuando los turcos eran dueños de la Besarabia y de las bocas del Danubio, su sistema de limpieza era extremadamente sencillo: obligaban á todo buque que navegaba rio abajo á arrastrar palas, y á los que subian á traerlas de nuevo sobre cubierta hasta los puntos de partida. Este medio tan antiguo, tan barato y tan fácil, hacia que el rio tuviese la profundidad necesaria para la navegacion, y que el canal se hallase mucho mas practicable que durante la dominacion rusa. Sabidas son de todos las reclamaciones publicadas incansablemente en la prensa contra el abandono á la aparente limpieza del rio, y contra el premeditado designio á que no podia ménos de atribuirse tan sistemática incuria. Segun el testimonio de multitud de viajeros, las arenas de la entrada del Danubio se hallaban sembradas de buques encallados, cuyos cascotes demostraban elocuentemente la justicia de las quejas y acusaciones lanzadas por todo el comercio europeo.

El tratado del día 30 de marzo acaba con tan deplorable estado de cosas. Se sanciona la libre navegacion del Danubio, y se procederá al nombramiento de una comision europea, cuyo encargo será cuidar de la limpieza de las bocas del rio, y mantener el canal con el celo mas atento y eficaz.

El espíritu y el texto del tratado de Paris, han sido ya recientemente examinados en este periódico; nosotros no tratamos, pues, sino de explicar cuanto concierne á la nueva frontera de Besarabia y á las bocas del Danubio.

Sabido es que este caudaloso rio se precipita en el mar Negro por tres bocas; la de Kilia, la de Sulina y la de San Jorge, la cual constituye el límite de la Dobrutscha, perteneciente al territorio turco. El brazo de Sulina es el único navegable casi siempre, los otros dos no lo son sino á consecuencia de las grandes lluvias, y durante tres ó cuatro meses despues del de mayo. Junto al nacimiento del brazo de Kilia elevase la fortaleza de Ismail, al borde de un cauce profundo que permite á los buques de guerra entrar por allí en la Sulina, de lo que resulta que la plaza de Ismail es dueña de la navegacion del rio, apesar de los dos fortines turcos de Isatscha y de Toultscha, los cuales nunca han ofrecido una gran resistencia á las invasiones rusas.

El bajo Danubio con sus tres desembocaderos corria completamente por el territorio conquistado por la Rusia en 1828. Desde el momento en que las potencias occidentales, de acuerdo con el Austria, exigieron en los preliminares de Viena la libertad del Danubio, resultó que esta no podia conseguirse sino segregando de la Rusia toda la parte de la Besarabia que linda con el rio. La provincia de Besarabia se extiende entre el Pruth por el Oeste, el Dniester por el Este, y el Danubio y el mar Negro por el Mediodía. Por su extremidad septentrional, en la que se halla situada la fortaleza de Khotim, confina con la Galitzia y la Podolia. El Norte de esta provincia formaba en otra época un trozo de la Moldavia, constituyendo tan solo la parte meridional de la Besarabia, propiamente dicha, cuya capital es Kichenan.

Esta parte meridional es la continuacion de las llanuras de la Dobrutscha. Al través de estas planicias arenosas y áridas serpentean los brazos del Danubio, destacándose de ellos una multitud de canales, que circundan varias islas incultas, en las que concluyen por formar estanques y lagos. Mas allá se extiende la Besarabia, país igualmente llano, cuajado de innumerables arroyos que bajan desde los últimos picos de los Karpatos. Sus costas situadas casi al mismo nivel que las del mar Negro, se hallan cortadas por lagos y lagunas saladas, que penetran considerablemente tierra adentro.

Este territorio, habitado en otros tiempos por los Getas y los Dacios, se hallaba poblado recientemente por varias tribus tártaras, de las cuales unas han sido ya exterminadas por los rusos, y otras arrojadas sobre el rio Koubar, al Norte del Cáucaso, reemplazándose por colonias militares y agrícolas sacadas de los Moldavos, Griegos, Búlgaros y Volnios. Allí empieza la inmensidad de esa especie de desiertos que se extienden hasta el Asia, tapizados de altas yerbas durante la primavera,

áridos durante el estío y desolados en invierno por los mas rigurosos frios, á pesar de hallarse situados en una latitud bastante templada. El invierno último helóse el mar en Kilbourn, junto al desagüe del Bug y del Borystenes. (1)

En el valle inferior del Pruth, entre Jassy y Galatz, fué donde Pedro I, á principios del siglo XVIII, se vió cercado por el gran visir Baltadji, de resultas de haberse aventurado á penetrar en la Moldavia. El Czar se hallaba al frente de 70,000 hombres; los turcos pasaban de 120,000 é iban auxiliados por 40,000 tártaros. El visir habia maniobrado con suma habilidad, pues cortando á los rusos la comunicacion con la plaza de Jassy, donde se hallaban todos sus viveres, les privaba al mismo tiempo de poderse retirar sobre el Dniester, teniéndolos acorralados sin recursos á las lagunas del Pruth. Las tropas rusas carecian entónces de la instruccion y de la organizacion que hoy tienen; no se habia inventado aun la táctica de los cuadros para rechazar los ataques de esa innumerable caballeria, en la que estribaba la fuerza principal de los ejércitos turcos; y por último la infanteria de los genizaros, tan vergonzosamente degradada despues, brillaba entónces por aquella salvaje intrepidez que la hizo por tanto tiempo ser temida en Europa. Pedro, cercado de este modo hacia ya muchos dias, y viendo á sus soldados abatidos y extenuados por el hambre, se creyó irremisiblemente perdido; pero salvóle una mujer, salvóle Catalina que le habia seguido á la guerra, entrando en tratos con el visir, al cual envió todo su oro, todas sus alhajas, y cuantas preciosidades pudieron hallarse en su equipaje. Pedro se obligó á ceder á Azoff, que acababa de conquistar, y á renunciar á todo establecimiento así en el mar de Azoff como en el mar Negro, y solo á este precio consiguió poder volver á ganar las fronteras de su imperio con el resto de su ejército.

Desde aquella época la Rusia no ha hecho otra cosa que crecer y aguerrirse, al paso que la Turquía no ha cesado de ir á ménos. Sesenta años despues de la referida capitulacion de Pedro el Grande, Catalina II conquistaba toda la antigua Tartaria europea, fundaba á Odessa, á Kherson, á Nicolaieff, á Sebastopol y reinaba sobre todo el mar Negro. Sus sucesores han continuado desarrollando este plan secular de absorcion del imperio otomano, guerra tras guerra, provincia tras provincia, tratado tras tratado. Alejandro I invadió la Besarabia; Nicolás se apoderó de toda la costa de Circasia y de un bajalato en Armenia, asimilando, por decirlo así, los Principados danubianos á las provincias de su imperio por medio de un tratado en que se establecia un protectorado sobre aquellos. Este mismo emperador se hallaba dispuesto al parecer á dar el último golpe al imperio otomano, cuando la Francia y la Inglaterra se opusieron con las armas en la mano á los desafueros de tan desmesurada ambicion.

Pero volvamos á la Besarabia, y especialmente al territorio cedido por la Rusia. Este está limitado por las márgenes del Danubio en una extension de treinta leguas, por una longitud de cuarenta por las orillas del Pruth, y por treinta leguas de costa sobre el mar Negro, desde la boca de San Jorge hasta las inmediaciones de Ackerman, plaza que continúa en poder del imperio ruso. Un pequeño rio, cuyo curso es paralelo al del Pruth, á seis leguas al Oeste del mismo, forma el límite por esta parte, y este límite viene á encontrar nuevamente al Pruth en una aldea situada casi en el mismo paralelo que Kichenan. La parte del territorio que confina con el mar tiene de diez á doce leguas de extension, y se halla al Norte de los grandes lagos de la costa, teniendo por frontera el antiguo *Vallum Trajani*. Este valle no debe confundirse con el que cierra la Dobrutscha, hácia el Mediodía del brazo San Jorge, desde Rassova hasta el puerto de Kustendji. Antes de haber conquistado el país de los Dacios, mas allá del Danubio, Trajano habia construido la fortificacion de Kustendji para preservar á la Mesia, hoy la Bulgaria, de sus incursiones. Luego que hubo llevado sus armas victoriosas hasta el Pruth, esto es, hasta la Moldo-Valaquia, y colonizado esta region con legiones romanas (cuya lengua subsiste todavía en aquella comarca bajo la forma de un patué latino), el emperador de la antigüedad quiso protegerlos de los Dacios y los Getas fugitivos, lo mismo que de los Sarmatas y otros pueblos bárbaros que habitaban las orillas del Tiras ó Danaster (el Dniester). Con este objeto Trajano mandó construir una nueva muralla de veinte leguas de extension, cuyos fragmentos se conservan todavía, encerrando toda la comarca del bajo Pruth y del bajo Danubio. Conviene advertir, que coincidiendo con el mismo pensamiento del famoso emperador romano, hoy se ha señalado á los descendientes de los Sarmatas el mismo límite.

La cesion de territorio exigida ha sido prolijamente explicada en el tratado de *rectificacion* de la frontera rusa en Besarabia. Segun el artículo 20 de dicho tratado, la nueva frontera parte desde el lago Bourna-Sola, sobre el mar Negro, á cinco leguas al Oeste de Ackerman á Ismail; sigue la muralla de Trajano, sube á lo largo del rio Yalpong y va por último á enlazarse con el Pruth en Katamori. Estos nombres no se encontrarán probablemente en los mapas comunes; pero ya

(1) El desgraciado Ovidio desterrado á Tomis (hoy Margalla, un poco hácia el Sur de Kustendji á la entrada de la Dobrutscha), describe con horror en sus *Tristes*, el mar convertido en sólido por los yelos, cosa dice el poeta que parecerá increíble en Italia y se considera transportado bajo el carro de la osa boreal.

*Parrasie gelido virginis axe premor (CALISTO)  
Vidimus ingentem glacie consistere pontum.  
Nec vidisse sal est: durum calevimus æquor.  
Vix equidem credar!*

creemos haber señalado mas arriba cual sea la extension del territorio cedido que, repetimos, formaba ántes parte de la Moldavia.

En cuanto á la importancia intrínseca de este territorio, haciendo una completa abstraccion del interés político, creemos que debe apreciarse por el número de miles de almas que lo habitan, segun acostumbra á hacerlo en casos semejantes la diplomacia. La poblacion de la Besarabia asciende á unas 8 ó 9 mil almas; la del trozo que se ha hecho ceder á la Rusia encierra de 2 mil á 2 mil y quinientas, lo cual quiere decir que aquel imperio pierde una cuarta parte de la provincia de que se trata. Kischenan, Bender y Ackerman permanecen en poder del Autócrata: pierde á Kilia, Ismail, Toutkof, Kagul y Reni, ciudades todas fortificadas por los rusos y situadas á las orillas del Danubio y del Pruth.

Ciertamente debe serles muy sensible abandonar á Ismail, á esa fortaleza por largo tiempo inexpugnable y cuya adquisicion les costó en su día tantos arroyos de sangre. Souwarof, que la sitiaba en 1789, fatigado de la prolongacion del sitio y apremiado por la impaciencia de Catalina, ordenó que se diese un asalto desesperado á la plaza. Tomóse en efecto la ciudad, pero se perdieron 15,000 hombres; 40,000 turcos de todas edades y sexo fueron pasados á degüello, y la misma noche en que se verificaba tan horrorosa carnicería, Souwarof escribia lacónicamente á la emperatriz: « Señora, Ismail está á vuestros pies. »

El tratado de 30 de marzo, quita, pues, á la Rusia un territorio de bastante valor en sí, pero de extraordinaria importancia política. La navegacion del bajo Danubio se halla de este modo en completa libertad, así como la costa del mar Negro hasta las inmediaciones de Ackerman; un largo trozo de terreno situado mas allá del Pruth queda igualmente libre. Alejada la Rusia en adelante del Pruth y del Danubio; garantida la independencia de los Principados contra todo protectorado exclusivo de la Rusia, puede decirse que se ha alzado una barrera territorial y política entre esta potencia y el imperio otomano, el cual se verá desde este día libre de una perpetua amenaza. El plan secular de la Rusia contra el Oriente ha fracasado del todo ó queda aplazado por mucho tiempo á consecuencia de la memorable alianza de la Francia y de la Inglaterra. La guerra que acaba de concluir ha conseguido, pues, su objeto.

## Necrología.

THIERRY. — MOLÉ GENTILHOMME. — BINET.

M. Agustin Thierry trazó el bosquejo de sus obras y su plan de reforma histórica en una serie de cartas que publicó el *Correo francés* en 1821. Desde aquella época, el ilustre escritor divorciándose de la sociedad, se consagró con la constancia de un monje benedictino al tenebroso estudio de los textos, tratando sobre todo de resolver con su auxilio el gran problema de las invasiones germánicas. Resultado de estos grandes trabajos fueron dos obras, tan notables por la forma como llenas de profundidad en el fondo, y cuya publicacion puede considerarse como la época desde donde arranca nuestra renovacion histórica: *La Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos* que vió la luz pública en 1825, y *Las cartas sobre la historia de Francia* dadas á la estampa en 1827. El autor no habia cumplido entónces treinta años y en esta edad de fuego y de pasiones, la única que lo dominaba era el amor á la ciencia, á esa ciencia que le ha inspirado esta frase admirable y serena consignada en uno de sus prólogos:

« Si yo pudiese empezar de nuevo mi camino, volveria á elegir aquel que me ha conducido al punto en que me encuentro. Ciego y enfermo, privado de esperanza y de descanso, creo poder hacer esta declaracion, que no debe tenerse por sospechosa saliendo de mis labios; hay en este mundo algo que vale mucho mas que los goces materiales, que la riqueza, que la salud misma, y es el amor á la ciencia. »

M. Agustin Thierry debía pagar muy cara la gloria de haber destruido las formas caducas de la historia, y de ser el revelador de los antiguos orígenes de nuestras luchas por la libertad. Su vista se habia extinguido rebuscando en empolvados manuscritos de diversos idiomas, las verdades gloriosas que él debia dar á conocer de un modo tan brillante al mundo, y la vida de reclusion y de austeridad, á que se habia entregado, concluyó por arruinar al propio tiempo su físico. En vano hizo un viaje al Mediodía acompañado de su amigo M. Jauriel; á su vuelta necesitó de un secretario, y le presentaron para esta plaza á un joven llamado Armando Carrel. Bajo los auspicios de tan eminente maestro, convertido muy luego en amigo, fué donde hizo sus primeros estudios históricos el futuro director del *Nacional*, estudios que, arrastrado por su pasion á la política, no tardó en aplicar á las revoluciones ocurridas en nuestros dias. En 1830 M. Agustin Thierry ingresó en la seccion de inscripciones y bellas letras del Instituto. Si mas tarde el célebre historiador no se sentó en un sillón de la Academia, fué porque esta docta corporacion quiso continuar adjudicándole todos los años el premio de 10,000 francos fundado por el baron Gobert, premio que, segun la voluntad del testador, podia discernirse reiteradamente al mismo autor, cuando la obra laureada en su día, no habia llegado á ser sobrepujada despues. La obra, que mereció tan honrosa distincion, fué sus *Narraciones de los tiempos merovingeos*.

Agustin Thierry tuvo que abandonar el húmedo clima de Paris, y vivió sucesivamente en Vesoul, al lado de su hermano Amadeo, prefecto del alto Saona, y en Luxeuil. Nadie ignora que Amadeo Thierry es tambien un historiador distinguido, como se demuestra por su *Historia de los Galos*.

Agustin encontró en Luxeuil, íbamos á decir vió... por la vez primera á Julia de Querangal, noble señora bretona, que se interesó profundamente al mirar reunidos tanto genio y tanta desdicha, y que se unió para siempre á él. « Julia comprendió, dice una carta que tenemos á la vista, cuan bello y codiciable era el asociar su nombre á otro lleno de gloria y de penas, desdeñar los vanos placeres del mundo para consagrarse en cuerpo y alma á la tarea mas sublime de que puede encargarse una mujer, á la tarea de ángel custodio y de providencia para un alma privilegiada, encerrada dentro de un cuerpo afligido por los dolores. » Cúmplesnos manifestar aquí, que madama Thierry no era solamente una mujer dotada de gran corazón, sino una inteligencia distinguida, que además de la natural participacion que debe haber tenido en los trabajos preparatorios de su esposo, ha publicado en la *Revista de ambos mundos*, algunas páginas excelentes, tituladas *Felipe de Morvelles*, y es autora tambien del precioso libro, *Adelaida ó Memorias de una joven*.

M. y madama Thierry habitaban de ordinario durante la primavera en el valle de Montmorency, y á corta distancia del castillo del *Ermitage*, immortalizado por Juan Jacobo Rousseau. El ilustre impedido, conducido en una litera recorria aquellos deliciosos paisajes, que tenia la desgracia de no poder admirar, pero cuyo perfume aspiraba con delicia. Otras veces un criado forzado trasladaba en brazos de una estancia á otra á aquel ser tan fuerte por su inteligencia como débil por sus órganos. Toda la parte inferior de su cuerpo se hallaba sin movimiento, y envuelta de ordinario en una capa. Su cabeza magnífica y parecida al retrato de Milton, trazado por Chateaubriand, segun los datos de un contemporáneo del autor del *Paraiso perdido*, descansaba majestuosamente sobre sus anchas espaldas, y se hallaba coronada de espesas cabelllos, apenas blanqueados por el tiempo. Sus ojos permanecian abiertos y no revelaban su triste inutilidad mas que por la dureza é indecision de sus movimientos. Sus manos no conservaban mas juego que el de los dedos pulgar é indice. Es, pues, excusado decir que M. Thierry no pudo volver á escribir desde la publicacion de sus *Cartas sobre la historia de Francia*.

A su modesta casa de invierno, situada en el *boulevard Montparnasse*, fué á donde acudió el otro día una multitud considerable de hombres notables en las letras, en las ciencias y en la política, para acompañar por última vez á aquel cuerpo medio inerte hacia ya tanto tiempo, pero colocado la víspera misma de su muerte en la cumbre del saber humano, como un faro brillante. Citarémos al acaso los nombres de MM. Fourtoul, ministro de Instruccion pública, Tocqueville, Salvandy, Dupin, Cormenin, Saint-Marc Girardin, Montalembert, Vigny, Wolowski, Nisard, J. Janin, Wailly, Sauley, Magnin, Viennet, Littré, Paulino Paris, Jomard, Estanislao Julien, Lebas, De Laborde, Ampère, Quatremere, Boissonnade, general Dumas, etc., etc. Formaba parte tambien del funebre cortejo una comision de la sociedad de literatos de Francia. El hermano del ilustre difunto presidia el duelo: MM. Naudet, Mignet, Ary Scheffer y Laboulaye llevaban las cintas del féretro. Este último pronunció un discurso ante el cadáver descubierto. En medio de la multitud distinguíase á la princesa de Belgiojoso, pálida como la muerte....

Otro duelo aflige tambien á las letras francesas. M. Pablo Molé *Gentilhomme*, novelista y autor dramático, ha sido víctima el otro día de un ataque fulminante de apoplejía á la edad de 42 años! A estas horas se está representando en el teatro del Ambigu un gran drama que compuso en union de M. Constant Gueroult, la *Condesa de Navailles*, y que tuvo un gran éxito al estrenarse.

Precisamente al entrar en dicho teatro fué cuando le atacó la horrible enfermedad que lo ha arrastrado al sepulcro. Molé *Gentilhomme*, antiguo miembro del Comité de literatos, era un hombre honradísimo, sumamente querido y cuya desaparicion, casi igual á la de Adolfo Adam, ha producido una dolorosa sensacion entre la gente de letras. Hé aquí una nota expresiva de las obras que ha escrito por sí solo y en colaboracion:

Novelas: con M. Manuel Gonzales: *El rey de los ruiseñores*, 2 tomos, 1837 — *La Luciole*, 1 tomo, 1837.

Solo: *Manon la Dragona*, 2 tomos, 1837. — *El sueño de una casaca*, 3 tomos, 1838. — *Una mujer comprometida*, la heredera de Oveda, 2 tomos, 1842. — *La marquesa de Alpajar*, 1 tomo, 1842. — *El hijo del delator*, 1 tomo, 1843. — *Maria de Anjou*, 2 tomos, 1843. — *El castillo de Saint-James*, 2 tomos, 1847. — *Juana de Nápoles*, 1 tomo, 1849.

Obras dramáticas: con M. Auguste Lefranc; *Poinsinet en España*, en 1 acto. — *Una mujer comprometida*, en 2 actos. — *Los ebanistas*, en 3. — Con M. Pedro Ladoce: *La hermana de la Reina*, en 3.

M. Molé *Gentilhomme* habia publicado además en varios periódicos: *Roquevert el arcabucero*, en 1832, con M. Constant Gueroult; con Mmes. A. Ségalas y Cl. Robert, *El tocador de una coqueta*, y por último, solo, la *Sultana*, la *Novia de Madrid*, *Mistris Clary*, *El hermano Angel*, *Como se desembaraza uno de un amigo*, *El Rey de un día*, etc. — Este escritor dió á luz al principio varios trabajos con el nombre de Pablo *Gentilhomme*; pero luego usó el apellido Molé—*Gentilhomme* á

consecuencia de haber sido adoptado legalmente por M. Molé, hábil fundidor de caracteres de imprenta, que se casó con una hermana del poeta.

El Instituto ha experimentado tambien la sensible pérdida del presidente de la Academia de ciencias, M. Binet (Jacobó Maria Felipe), matemático, profesor de astronomía del Colegio de Francia, ex-inspector general de estudios de la Escuela politécnica, etc., y nacido en Rennes en 1786. Como profundamente religioso y monárquico, M. Binet fué uno de los optimistas políticos de la Restauracion. El año de 1830 vió en la ciencia un refugio del que no volvió á salir jamás. No ha dejado ninguna obra completa; pero sí una multitud de *Memorias* sobre las cuestiones mas arduas de las matemáticas y de la astronomía; además la parte que tomó en la redaccion de la *Mecánica celeste*, le asegura con justicia una elevadísima reputacion. Binet, á quien su modestia y sus rencores políticos abismaban en el estudio y en el retiro, no entró en el Instituto hasta 1843, si bien desde 1811 se hallaba ya en candidatura para ingresar en la seccion de geometría.

J. L.

### Revista de la Moda.

SUMARIO. — Paris no está en Paris. — El puffista campestre. — La Moda en el Pré Catelan. — Los tres elegantes del Pré Catelan. — Tres vestidos fotografiados en el Pré Catelan. — El concierto Musard. — ¿En qué consiste la elegancia de un hombre? — De las modas masculinas en general. — Las prendas de siete bolsillos. — Los chalecos no cambian. — Reformas de los pantalones. — Fisiología de las corbatas. — Descripción del figurin de modas de Lombré que representa trajes de sport.

Paris no está ya en Paris, está en el campo. Los parisenses se convierten todos en aldeanos; el último elegante se disfraza de pastor ó de molinero para hacer creer que habita en los jardines. El puff campestre es uno de los grandes errores de este siglo. Hay centenares de industriales que se pasean por Paris vestidos de canarios, de pasteles, de desolinadores con un Panamá en la cabeza para que se les crea habitantes del campo cuando no han salido de su quinto piso. El traje blanco, nankin ó oscuro es una señal infalible en que se reconoce al hombre que vive en el campo y que se ha construido un nido de verdura en Asnieres, Auteuil, Passy, Saint-Cloud y Ville d'Avray.

— Ya ves, querido mo, qué cómodo es vivir en el campo, desde que hay ferro-carriles. Vengo de vecino, sin ceremonia; ¡te compadezco cuando pienso que respiras todas las tardes el polvo del Macadam!... Yo disfruto del aire en los bosques y en los campos y oigo cantar al ruiseñor.

Con mucha frecuencia este puffista campestre ni siquiera ha tenido tiempo para ir hasta el riachuelo del bosque de Boulogne, pero se viste como decimos, y ya se le cree domiciliado en Asnieres. Tal es la moda del día. Pero en último resultado los parisenses que no pueden salir no deben considerarse como muy desdichados. ¿No tienen bien cerca de la capital el lago, los paseos del bosque de Boulogne y el Pré Catelan? El « Pré Catelan » es el grande acontecimiento de la moda; todo el mundo se pregunta hoy: — ¿Estaba Vd. el 28 de junio en el Pré Catelan?... Y es que el 28 de junio el director príncipe de ese famoso Pré Catelan daba una fiesta de inauguracion á la literatura y á las artes, á la diplomacia y á la moda. Parecia aquello un vasto salon. Todo el Paris inteligente y elegante se encontraba allí, se saludaba y hablaba de los asuntos del día y de teatros, lo mismo que si aquel inmenso círculo de celebridades se hubiese visto encerrado en un pequeño grupo. Toda la elegancia parisiense se paseaba á caballo ó en coche. Se habia ido allí en berlina de posta, en carruaje á la Daumont, en coche á la moda rusa, en una palabra, veíanse allí todas las variedades de la fantasía, del lujo y de la moda. Sobre todo llamó la atencion un carruaje de pastores con unos caballos espléndidos y lacayos con librea oriental. Los tres pastores eran tres jóvenes elegantes vestidos de blanco de pies á cabeza, pues sus polainas eran blancas tambien y sus panamás estaban ribeteados y guarnecidos de cintas blancas en vez de terciopelo negro, que es el adorno que se lleva. La muchedumbre se apiñaba para contemplar á los tres jóvenes que se llevaran todos los honores en la inauguracion del establecimiento.

Pero no solo el Pré Catelan quiere seducir al parisiense para que no salga de Paris. Los conciertos Musard han inaugurado igualmente un pequeño jardín donde se oye la música tomando el fresco. Para asistir á todas estas solemnidades de la moda elegante se necesita cierto traje de etiqueta, á ménos que un joven de buena sociedad no quiera pasar por un provinciano ó por un aprendiz de peluquero. El provinciano y el aprendiz de peluquero se imaginan que lo que constituye el traje de un hombre son los guantes blancos y los zapatos de charol, pero se engañan, pues lo que hace la elegancia y la distincion de un hombre es el conjunto de su traje, y el corte de su frac ó de su jaqueta; es la pechera de su camisa, su cuello, su corbata, su sombrero, quizás el modo de peinarse ó de llevar el baston, ¿quién sabe?... La distincion masculina está en el traje. Así se dice de tal ó cual hombre: — Hé ahí un hombre de mundo, un diplomático, un artista, un banquero, un médico, un abogado, un obrero, y todo por sus vestidos, ó mejor dicho, por el modo de llevarlos. Tambien se reconoce inmediatamente al extranjero rico, pues se atreve á llevar en cosas de fantasía lo que no lleva ningun parisiense; gusta del colorido y la originalidad, en tanto que el parisiense no sale de la zoda uniforme.

Hé aquí varios trajes de la estacion actual que se vieron en el Pré Catelan llevados por la flor de la elegancia parisiense.

El conde de B... lucia una prenda que era á la vez levita y casaquilla, de hermoso paño color de castaña claro, con una sola hilera de tres botones de seda. El chaleco era de piqué gamuza, derecho y algo largo. El pantalon de saftin ligero color de perla, era liso en su fondo con bandas labradas á los lados. La corbata era de gasa granadina violeta.

El marqués de R... llevaba un traje de campo compuesto de una jaqueta de piqué blanco, muy ancha y con una sola hilera de tres botones. El chaleco era de la misma tela que la jaqueta, con un cuello derecho que podia doblarse. El pantalon era igualmente de piqué, ancho y sin trabillas, y la corbata de granadina de seda. El sombrero de Panamá llevaba ribete de terciopelo en relacion con la corbata. Florian no vestia de otro modo á sus pastores.

M. A..., uno de los elegantes mas notables, llevaba un verdadero traje de sport, esto es, frac Newmarket de paño verde dragon, abotonado con cuatro botones, de talle un poco largo, y faldones ligeramente abiertos por delante. El chaleco de piqué blanco era de forma inglesa, con cuello alto. El pantalon era de lana rayado al sesgo, y con bandas. La corbata de gasa granadina cereza.

En cuanto á las modas en general se resumen todas en trajes de piqué y de nankin, fracs á la inglesa y pequeños sobretodos de popelina de seda. Independientemente de los trajes campestres, tenemos los del sport y los de los baños. Todos los elegantes que van á los baños de mar y todos los que se dirigen á las montañas de los Pirineos deben llevar uno ó dos trajes confortables, pues por la mañana y por la noche hace demasiado fresco. Para éstos se emplean telas un poco gruesas en casaquillas á la inglesa mezclilla de corte de capricho. En estas prendas que no son ni justas ni anchas, ni tienen forma determinada, no se escasean los bolsillos, pues llevan cuatro en los faldones, dos por detrás y dos á los lados, otro en el pecho á la izquierda, otro á la derecha para el dinero, y otro por dentro para la cartera, lo que forma un total de siete bolsillos.

La forma de los chalecos no cambia. Los chalecos de piqué y los de tela igual al pantalon que hoy se usan mucho van ribeteados con un hiladillo regularmente blanco. Este galon varia de ancho desde un centimetro hasta dos; se cose á respunte por ambos lados.

Pero si los chalecos no se modifican, en cambio se preparan grandes reformas en los pantalones. Para el otoño y para el invierno próximos se volverá seguramente á los pantalones bien anchos por abajo.

Las corbatas de verano son de gasa granadina, y hay jóvenes que solo llevan una cinta; un elegante debe tener tantas corbatas como dias tiene el año. La corbata denuncia al instante los hábitos y la elegancia de un hombre. Las corbatas se clasifican de este modo: corbata de mañana; — de paseo; — de sport; — de soiré ó de teatro; — de baile y aun de noche. — Los hombres llevan en el día muchas alhajas. Los botones de los chalecos y los de la camisa deben ir siempre en armonía; los puños de los bastones son tambien joyas de valor; hay puños incrustados de diamantes y de piedras finas.

Concluyo con la descripcion de nuestro figurin que representa varios trajes copiados en las últimas carreras de Chantilly.

En primer término se ve un hombre de cierta edad con una levita de paño bronceado, respunteada en todas sus orillas. Las mangas son anchas y sin bocamangas; el chaleco de valencias liso es de chal y un poco largo por abajo. El pantalon tiene una anchura ordinaria y no lleva trabillas.

Despues viene un niño de ocho años que oye leer al abuelo el programa de las carreras. Su traje de estilo griego es todo de la misma tela y muy sencillo. Compónese de un corpiño cortado derecho por delante y por detrás, corto y suelto de los faldones que van fruncidos por arriba. Al rededor así como en la orla de las mangas lleva un galon de seda cosido llano, lo que hace muy bien sobre el cachemira azul de Francia del traje completo.

Luego tenemos un traje de estío cubierto con un pequeño paletó de « foulard » de las Indias, con una sola hilera de botones. Su corte es gracioso sin ser muy justo; dibuja ligeramente los contornos sin que los delanteros estén separados de los faldones; no hay abertura en el talle, sino pliegues parecidos á los de las levitas antiguas. El interior de estas prendas se forra de tela igual, excepto el corpiño que no se forra para que sea bien ligeró.

En cuanto al vestido de debajo, se puede llevar lo que se quiere; el pantalon es de una anchura ordinaria y lleva trabillas.

El personaje que viene despues, hombre de unos treinta y cinco años, lleva un bonito traje de día, traje eminentemente clásico que hoy está muy en moda: compónese de una levita de paño negro cruzada, sin abotonar, de corte fácil, y entretelas ligeras para que se preste bien á todos los movimientos. El talle es de una anchura ordinaria; los faldones son cortos y de poco vuelo, pero no completamente aplastados; van forrados de seda. Las mangas son anchas, sin bocamangas, pero llevan una pequeña abertura redonda por abajo.

Chaleco blanco de imperial, derecho, con tres botones puestos; cuello alto, sin abertura sobre el delantero.

Pantalon de igual tela, ancho de muslos y con trabillas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

### Las inundaciones.

Los grabados de las páginas siguientes representan varias escenas de desolacion ocurridas en distintos puntos durante las terribles inundaciones que tantos estragos han causado en Francia. Hé aquí algunos detalles

que entresacamos de las últimas noticias aunque carecen de aplicación directa á nuestros dibujos.

El sábado 21 de junio en Orleans habian corrido noticias alarmantes sobre Jargeau; pero una carta fechada el 20 á las once de la mañana y dirigida al *Journal du Loiret* contenia algunos detalles tranquilizadores.

La compañía de Orleans habia restablecido la via entre Blois y Tours, y los trenes principiaban á circular cuando una nueva crecida bastó para cubrir los carriles. La circulación solo puede efectuarse de Paris á Blois y de Tours á Burdeos por medio de vapores.

Un despacho del prefecto del Gironde anuncia que las aguas del Garona han invadido el puerto de la Reole y penetrado sobre el territorio de Floudes. Las aguas señalan 5 metros 84 cent., pero subirán mas segun las noticias de Agen. En Tolosa marcan 5 m. 20.

Escriben de Jos (Ariège): « Lluve desde hace dos dias. La nieve que ayer por la noche cubria las cumbres de nuestras montañas, llega hoy á pocos metros de las hondonadas



Las víctimas de la inundacion en las calles de Lyon.

de nuestro valle. La cosecha sufrió mucho.

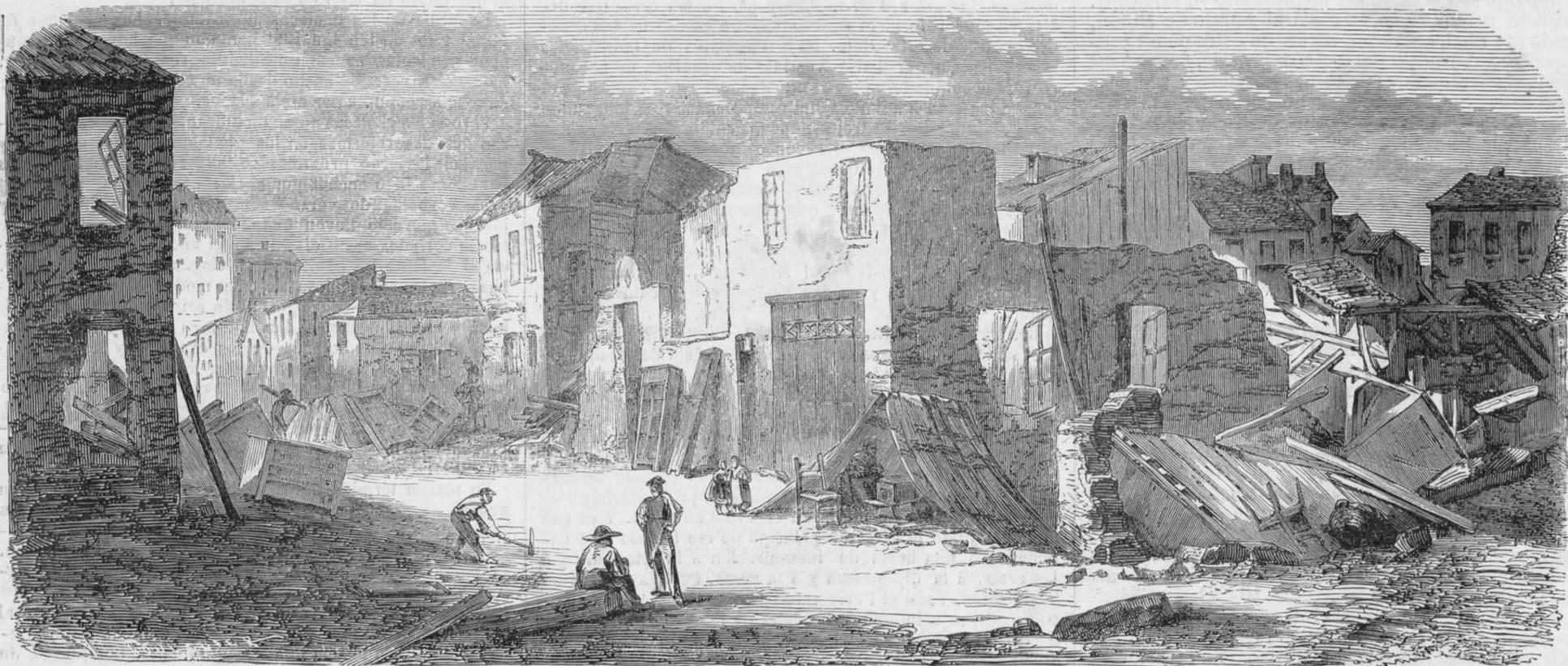
» Entre nuestros vecinos los araneses, hay muchas aldeas cubiertas por la nieve. »

— Escriben de Jezeau (Altos Pirineos) el 17 de junio:

« Despues del tiempo hermoso que hizo el domingo, nuestra sorpresa fué grande el lunes cuando vimos nuestros campos cubiertos con una capa de nieve. A la sorpresa sucedió luego un sentimiento profundo de afliccion, pues nos hallamos con pérdidas considerables, y quizás irremediables.

» Los trigos y las cebadas se hallan literalmente aplastados bajo una masa enorme, y probablemente no podrán levantarse. La nieve ha caido en tanta abundancia que se han desprendido las ramas de muchos árboles. Aquellos cuyos troncos no eran mas gruesos que un brazo han caido al suelo. Todos los labradores están consternados. »

« En el Puy-de-Dôme y en Moulins el Allier ha subido á 3 metros. En Lyon una casa de tres pisos minada por las aguas se ha hundido sobre sus habitantes. Felizmente se han or-



Una calle de los Brotteaux despues de la inundacion. ( Véase el artículo en la pág. 39).

ganizado pronto socorros, y se ha logrado salvar á las personas. »

Una correspondencia de Bayona, de fecha 21 del actual, da los siguientes pormenores de los estragos causados en aquellas inmediaciones por la inundacion y temporal:

« El huracan y las lluvias duraron los dias 17 y 18, y su siniestro influjo hizo salir de madre al Adour y al Nive que penetraron en las calles de Bayona, y en los campos, y que les dejaron sin una sola planta de las que en ellos crecian. Las cosechas de maiz quedan perdidas. Varios puentes fueron arrastrados, uno el del distrito del Bouloc. En Tarnos (Landas) las cosechas han desaparecido.



Episodio de salvamento,

En Bayona, en la estacada, el Nive penetró por los fosos de las fortificaciones, y pasando por el levadizo de la puerta Mouserolle, se precipitó sobre el Adour en la extremidad de las avenidas Bouffers.

La violencia de la corriente causó varios siniestros, y desamarrándose algunas barcas fueron á chocar contra un puente provisional construido para comunicar á Bayona con Sancti Spiritus. Esta débil obra pudo resistir la terrible barrera que las aguas y las barcas atravesadas formaron, y para que no fuese arrebatada, los ingenieros la cargaron de sillares, lo que la constituyó mas sólida y resistible. El éxito conseguido se debió al ardor de los aduaneros y de

los destacamentos del 35 de línea que se dedicaron á prestar toda clase de auxilios. Los artilleros facilitaron cables, cadenas y otros aparatos, y así pudo asegurarse al puente y á las barcas casi zozobradas.

En el puerto, desde la plaza de armas hasta la extremidad de las Allées-Marines, los muchos buques fondeados se hallaban tumbados por el huracán que arrancó cinco olmos seculares. Dos quechemarines arrastrados por la corriente perdieron las anclas y fueron á estrellarse contra la corbeta *Jasson*, recién construida y aparejada y que aun no había recibido todo el lastre á bordo. Bajo el triple esfuerzo que tenían que resistir las cadenas de la *Jasson* amarradas en tierra y de una potencia enorme, se rompieron, y azotado y casi tumbado el buque por el huracán, fué á chocar con imponderable violencia contra la corbeta *Fauvette*, bajo la cual se fué á pique.

A su vez este hermoso buque, cuya popa fué horrorosamente quebrantada, desamarró y precipitándose sobre las tres líneas de buques fondeados, provino un cataclismo difícil de describir, del cual resultó una confusión, una amalgama, que chocando los buques unos contra otros, tuvieron todos que experimentar gruesas averías. Los gritos de los marineros y el ruido de los choques resonaban lúgubramente en medio de la oscuridad, haciendo presentir las mas deplorables desgracias, pero por fortuna nadie pereció, salvándose á nada la tripulación de la *Jasson* que se arrojó al río antes de que el buque desapareciera.

Eran tan fuertes el huracán y la corriente, que un cañon enterado hasta los muelles y al cual estaba amarrada la cadena de un buque, fué arrancado, así como las argollas incrustadas en enormes piedras de granito. Hacia las nueve de la mañana, un marino que amarraba una gabarra perdió el equilibrio, cayó al Nive y desapareció sin que se le pudiera prestar ningun auxilio.

Otra pérdida mas dolorosa aun ocurrió aquella noche terrible: la fragata *Perle* ha-

bia desaparecido completamente con sus tripulantes, á consecuencia de un choque contra las agudas rocas de Gue-thary.

La *Perle*, capitán Sefourcade, era un buque nuevo de la matrícula de Bayona, cuyas excelentes cualidades eran muy apreciadas de los que habían navegado en ella en la carrera de Bayona á Montevideo que frecuentaba. El capitán Sefourcade había salido de Burdeos hacia algunos dias despues de reclutar su tripulación compuesta por entero de marineros de Bayona y de Saint-Esprit. Conducía su buque á ese puerto desde el cual debía salir con pasajeros para Montevideo. En la mañana del 16 se avistó á la *Perle* bordeando entre Capbreton y Socoa, y un aduanero de servicio la distinguió navegando al Sur al caer la tarde.

Seria la media noche cuando el mismo distinguió un gran buque dirigiéndose rápidamente hacia tierra, chocar contra una peña y desaparecer hecho pedazos.

Tres cuartos de hora despues el aduanero sintió que le lamian la mano, volviósse y distinguió á un perro de Terranova, cuya lana dejó formado un arroyo, pero que todo el mundo conocia en el país; pertenecía al capitán Sefourcade y era el único que se había salvado de la fragata *Perle*. El capitán Sefourcade era muy apreciado como hombre y como marino: él y quince hombres mas, todos padres de familia han desaparecido, así como la velera y gallarda embarcación que montaban. Semejantes deplorables escenas han afectado de una manera muy profunda á toda la población bayonesa y de las cercanías.

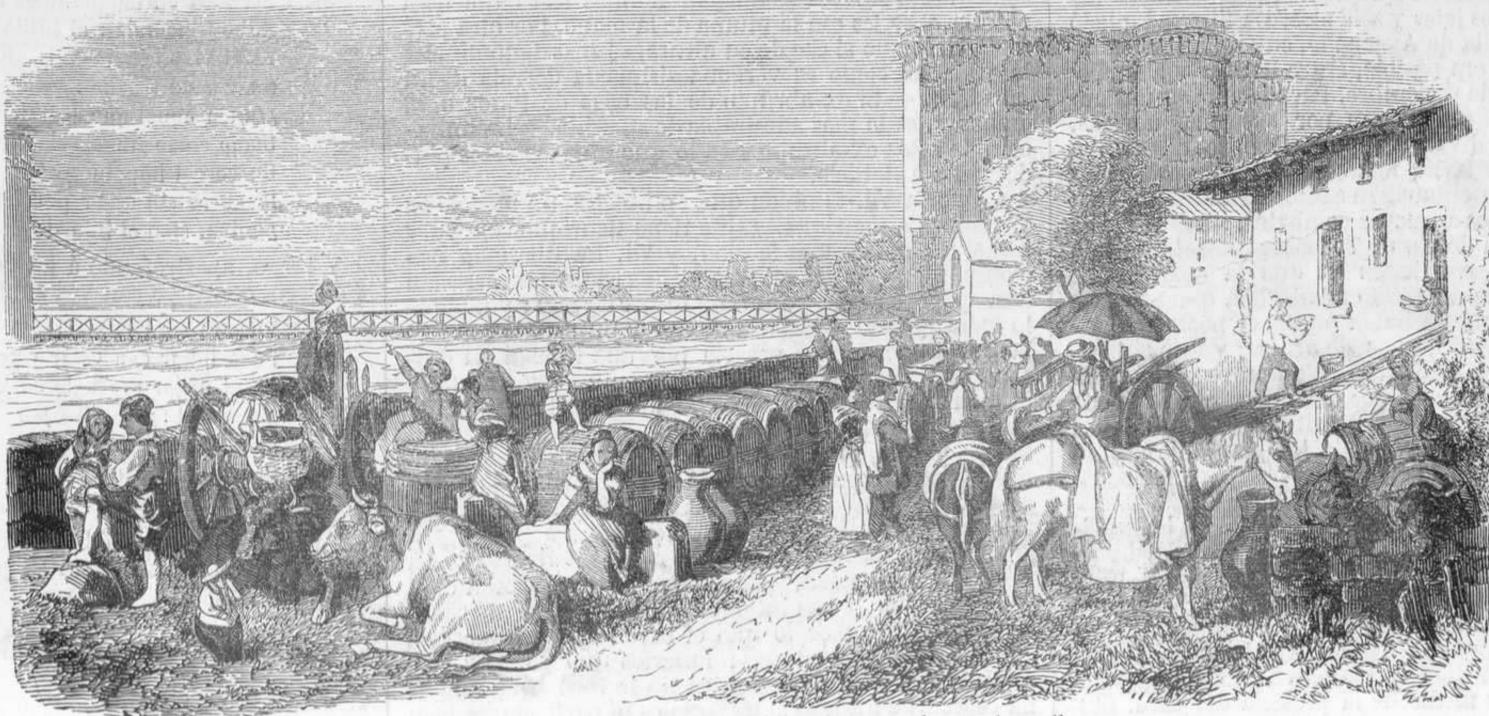
Noticias de los departamentos de las Landas y de los Pirineos, comunican que las cosechas han desaparecido en una gran parte de distritos á consecuencia del huracán y de las avenidas ocurridas en los dias 16, 17 y 18 del corriente. Arboles seculares fueron arrancados por el viento, destrozadas las vides y acostados los trigos y otras plantas. Adonde alcanzó el agua solo ha quedado una espesa capa de



Ruinas de casas en los Brotteaux.



La inundación del Ródano en Tarascon. Vista de las alturas del castillo de Beaucaire.



Los habitantes de Tarascon acampados en el muelle.

cieno y arena que enterró cuanto cubría el campo. »  
— El *Diario de Loir y Cher* publica detalles lamentables sobre los destrozos de la inundación y cuenta los actos de abnegación y de valor de los funcionarios, de los eclesiásticos y de los particulares en esos tristes días. No podríamos citar aquí todos los buenos ejemplos; pero á los que nota el periódico de Blois, dice la *Union*, añadirémos algunos que conocemos. Así, se vió un sacerdote, el señor abate Pornis, canónigo de la catedral, pasar ocho horas trabajando y llevando tierra á las calzadas que se hundían minadas por la violencia de las aguas. M. Chatian, comerciante, salvó á un desgraciado obrero cuyo pié se había deslizado y le sacó del agua precipitándose detrás de él. Todas las autoridades civiles y militares, y los obreros del arrabal rivalizaban en celo y actividad con el alcalde, el conde general de Sparra, el comandante Belot, etc. Pero no eran solo los hombres, sino que también había señoras que infundían aliento á los obreros. Nombrarémos á las señoras de Saenz y de Bourgeois y á la condesa Eugenia de la Fare. Esta última, cuando el agua invadía el arrabal, llevaba la comida á los talleres de los obreros y se la vió una vez con dos niños en brazos que acababa de salvar con peligro de su vida, sacándolos de una casa que se hundía algunos momentos despues.

— Una horrible desgracia acaeció el miércoles en el valle de San Jorge (Loira). Algunos días antes de la ruptura de los diques de Savennieres, todo el ganado de los valles de San Jorge, de San German y otros pueblos amenazados de la inundación, fueron conducidos por sus amos á los cortijos y habitaciones de las alturas. Desde entónces los labradores alimentan con el heno de los pajares al ganado vacuno y van muchas veces por día en busca de las provisiones necesarias.

El miércoles á las cinco de la tarde, un tal Lecomte salió con su mujer y dos niños, dos gemelos de ocho años, para tomar en su casa las raciones de sus vacas. A la vuelta de su excursión debía pasar por enfrente de la brecha que se ha hecho en los diques de Savennieres á pocos metros del puente de Chalonnnes. Sea que Lecomte no tuviese su embarcación á suficiente distancia del torrente que se precipitaba por la brecha, sea que la barca, demasiado cargada de forraje, no quisiera obedecer al timon, lo cierto es que fué arrastrado por la corriente con rapidez y vino á dar con todo su peso contra un tronco de árbol que estaba apenas cubierto por el agua. El choque fué tan grande que la barca zozobró, y el padre, la madre y los niños fueron lanzados al agua. La mujer no apareció ni un solo instante; los niños se sostuvieron algunos segundos, de modo que Lecomte, que sabia nadar un poco, tuvo tiempo de tomarlos en sus brazos. Con esta doble carga luchaba con desesperación y lanzaba gritos que helaban de espanto á todos los espectadores de esta horrible escena. No había allí cerca ninguna barca, ningún medio de salvamento. Lecomte se cansó, sus brazos se abrieron, y los dos pobres niños fueron arrastrados y desaparecieron como su madre. Lecomte resistió un poco mas, y una ola le llevó contra un árbol, al que pudo agarrarse; al cabo de tres cuartos de hora vino una barca á recogerle; ya no tenia fuerzas. Lecomte fué trasportado á una casa vecina; pero le entró una fiebre tan violenta, que el médico desespera de salvarle.

### Hombres ilustres

#### DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO.

(Continuación.)

La empresa que acometió Olmedo era sobremanera difícil: quería hacer resonar su lira en honor del gran capitán de la América, por la famosa batalla de Junin; pero esta gloriosa jornada, que tuvo lugar el 6 de agosto de 1824, fué el principio de la libertad del Perú, para cuya consecución habían sido llamados el genio de Colombia y sus bravos jefes y soldados; esa libertad quedó sellada con la batalla de Ayacucho, cuyo plan fué combinado, en cuanto era posible, entre Bolívar y Sucre, y dada por este el 9 de diciembre. Para juntar en un canto dos hechos que se enlazan por sus consecuencias, pero acaecidos en diversas épocas, Olmedo recurrió al feliz expediente de hacer aparecer al Inca, cuando los guerreros de Junin entonan cantos de gloria; el cual despues de excitarlos á nuevos combates, les describe la acción tal como ha de pasar. Todos cuantos han leído el canto de Junin convienen en que la aparición de Huaina Cápac es de un efecto admirable, que satisface á la necesidad en que se había puesto el poeta de celebrar esos dos grandes hechos de armas; y esto sin faltar á la unidad de sujeto, sino solo aprovechándose de la mayor libertad y viveza que debe reinar en la poesía lírica. Además, por su mérito literario, la dulzura de su versificación, lo elevado de los pensamientos, la nitidez del lenguaje y lo rico de la vena, ese incidente es de lo mejor que tiene el canto.

El ilustrado chileno Miguel L. Amunátegui, ha calificado de *fantasmagoría ridícula* ese incidente del poema de Junin; nosotros tenemos por mas exacto y justo lo que acerca de esto decía Bello en 1829; este literato se hace cargo de la posición en que se encontraba Olmedo; cantando el poeta la libertad del Perú, era preciso que acercase de alguna manera á Junin de Ayacucho, y lo logró por medio de la profecía del Inca. Des-

pues de haber emitido su juicio sobre este punto, Bello dice así:

« Algunos han acusado este incidente de inoportuno, porque preocupados por el título, no han concebido el verdadero plan de la obra. Lo que se introduce como incidente, es en realidad una de las partes mas esenciales de la composición, y quizá la mas esencial. Es característico de la poesía lírica no caminar directamente á su objeto. Todo en ella debe parecer efecto de una inspiración instantánea: el poeta obedece á los impulsos del número que le agita sin la menor apariencia de designio, y frecuentemente le vemos abandonar una senda y tomar otra, llamado de objetos que arrastran irresistiblemente su atención. Horacio dirige plegarias al cielo por la feliz navegación de Virgilio; la idea de las tempestades le sobresaíta; y los peligros del mar le traen á la memoria la audacia del hombre, que arrojando todos los elementos, ha sacado de ellos nuevos géneros de muerte y nuevos objetos de terror. Ocupado de estos pensamientos olvida que ha tomado el plectro para decir adiós á su amigo. Nada hallamos, pues, de reprehensible en el plan del CANTO Á BOLÍVAR; pero no sabemos si hubiera sido conveniente reducir las dimensiones de este bello edificio á menor escala, porque no es natural á los movimientos vehementes del alma, que solos autorizan las libertades de la oda, el durar largo tiempo. »

No dejaré de agradar á algunos de nuestros lectores el saber lo que Olmedo decía á Bolívar, acerca de su poema. Vamos á copiar algunos de los párrafos de su carta fechada en Londres á 19 de abril de 1826; dice así:

« Todas las observaciones de Vd. sobre el canto de Junin tienen poco mas, poco menos algun grado de justicia. Vd. habrá visto que en la fea impresión que remitió á Vd., se han corregido algunas máculas que no me dejé limpiar en el manuscrito el deseo de enviar á Vd. cuanto antes una cantinela compuesta mas con el corazón que con la imaginación. Despues se ha corregido mas y se han hecho adiciones considerables; pero como no se ha variado el plan, en caso de ser imperfecto, imperfecto se queda. Ni tiempo, ni humor ha habido para hacer una variación que debía trastornarlo todo. Léjos de mi patria y familia, rodeado de sinsabores y atenciones graves y molestísimas, no señor, no era la ocasión de templar la lira.

» El canto se está imprimiendo con grande lujo, y se publicará la semana que entra: lleva el retrato del héroe al frente, medianamente parecido; lleva la medalla que le decretó el congreso de Colombia y una lámina que representa la aparición y oráculo del Inca en las nubes. Todas estas exterioridades necesita el canto para aparecer con decencia entre gentes extrañas.

» Una de las razones que he tenido á mas de las indicadas para no hacer un trastorno general en el poema, es que así como vino ha tenido la fortuna de agradar á paladares delicados y difíciles (será sin duda por su objeto). Rocafuerte, por una, doble razon, lo aplaude en términos que me lisonjearían mucho, si él amase ménos al héroe y al autor. Otros que se tienen y han tenido por conocedores han hecho y publicado análisis sobre esa composición: y yo me complazco, no por ser alabado, sino por haber cumplido (no muy indignamente) un antiguo y vehemente deseo de mi corazón, y por haber satisfecho esa antigua deuda en que mi musa estaba con mi patria.

» Todos los capítulos de las cartas de Vd. merecerían una seria contestación; pero no puede ser ahora. Sin embargo, ya que Vd. me dá tanto con Horacio y con su Boileau, que quieren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas y de pautas es para los que escriben didácticamente, ó para la exposición del argumento en un poema épico. ¿ Pero quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un poeta lírico? Toda la naturaleza es suya; ¿ qué hablo yo de naturaleza? Toda la esfera del bello ideal es suya. El bello desorden es el alma de la Oda, como dice su mismo Boileau de Vd. — Si el poeta se remonta, dejarlo: no se exige de él sino que no caiga. Si se sostiene, llenó su papel, y los críticos mas severos se quedan atónitos con tanta boca abierta, y se les cae la pluma de la mano. Por otra parte confieso que si cae de su altura, es mas ignominiosa la caída, así como es vergonzosísima la derrota de un baladron. — El ex-abrupto de las odas de Píndaro, al empezar, es lo mas admirable de su canto. — La imitación de estos ex-abruptos es lo que muchas veces pin-darizaba á Horacio.

» Quería Vd. también que yo buscara un modelo en el cantor de Henrique. ¿ Qué tiene Henrique con Vd.? Aquel triunfó de una facción, y Vd. ha libertado naciones. Bien conozco que las últimas acciones merecían una epopeya; pero yo no soy mujer de esas; y aunque lo fuera, ya me guardaría de tratar un asunto en que la menor exornación pasaria por una infidelidad ó lisonja, la menor ficción por una mentira *mal trovata*, y al menor extravío me avergonzarían con la gaceta. Por esta razon, esas obras si han de tener algo de admirable, es preciso que su acción, su héroe y su escena estén siquiera á media centuria de distancia. — ¿ Quién sabe si mi humilde canto de Junin despierta en algun tiempo la fantasía de algun nieto mio!... »

Cuando se habla de un capitán como Bolívar y de un poeta como Olmedo, todo lo que diga relación á ellos debe interesar, y ese interés debe subir de punto cuando se trata de saber lo que el bardo decía al guerrero en sus cartas mas íntimas; muertos uno y otro y versando esas cartas sobre objetos sin influencia en ninguna especie de transacciones sociales ni particulares, bien

podemos hojear esa correspondencia, sin aparecer como indiscretos, ni profanos. Olmedo decía al Libertador, en carta fechada en Paris en 14 de enero de 1827, lo que sigue:

« He recibido carta de setiembre de mi familia, llena de gozo, de esperanza, y de gratitud hácia Vd. por la solemne promesa que le ha hecho de enviarme mi licencia. ¿ Vd. habia de ser á quien yo debiese el primer momento de placer que tengo en un suelo ageno! »

Y luego lleno de chiste y fina gracia continúa así: « Yo salí fuera de mí con aquella noticia; y en el primer raptó empecé á meditar un segundo canto, que siendo tan grande por su objeto, contrastase en género con el primero. Escenas campestres de Cachirí, en vez de los sangrientos campos de Junin: partidas de caza, rodeos de ganados, meriendas sobre la yerba, siestas bajo la fresca sombra de los árboles, en lugar de batallas y de carnicería. También habria un vaticinio como el del Inca, sobre los planes pacíficos que Vd. meditaba para calmar á Venezuela, en contraposición de las horribles escenas de Ayacucho. Cantos y danzas de pastores en lugar de alaridos, de alarmas y encuentros sanguinarios: amores en lugar de odios y rabia: comediamento en lugar de coraje: grupos de jóvenes de uno y otro sexo en lugar de los cautivos que cerraron la pompa triunfal del vencedor. En fin, imitando á los antiguos, yo queria concluir con un apoteosis: y aquí fueron mis trabajos para elegir la parte del cielo en que debia colocar la constelación de mi héroe. No debia ser junto de *Leon*, pues siendo símbolo (*Though ironically*) de España, Vd. no lo dejaria vivir en paz. No cerca de *Virgo*, ya porque, aun *entre santa y santo, pared de cal y canto*; ya porque no pareceria bien esta proximidad entre vírgenes y militares; por cuya causa yo las reservaria mas bien para los poetas, que segun me dicen, son ménos peligrosos. ¿ Contemple Vd. qué trastorno en la astronomía, si un héroe por un acaso imprudente, fuese á quitarle el timbre y el nombre á su vecina!... Tampoco cerca de *Aries*, ni del *Toro*, ni de *Capricornio*, porque yo no quiero para la frente de Vd. otras ramas que las de laurel. ¿ Dónde, pues? ¿ dónde? No tema Vd. quedarse sin plaza. Yo mandaré al *Escorpion*, (es decir, al *Alacran* que es mi paisano), yo le mandaré recoger su nudosa y larga cola, y ceder un espacio mayor del que cedió en otro tiempo á Augusto, por órden de Virgilio. »

Pero ya que hemos hablado del canto á Bolívar, vamos á copiar algunos de sus bellísimos y valientes versos. El poema rompe con el fragor de la tempestad, y anuncia todo el fuego de una imaginación meridional ocupada en sublimar un hecho portentoso; comienza así:

El trueno horrendo que en fragor revienta  
Y sordo retumbando se dilata  
Por la inflamada esfera,  
Al Dios anuncia que en el cielo impera. (1)

Mas adelante, despues de una serie de versos de exposición y de invocación, de versos que salen limpios, dulces, vibrantes, armoniosos, que corren como las teras aguas de una fuente cristalina, — vienen algunas pinceladas sobre el héroe que se prepara á la batalla; el poeta dice:

¿ Quién es aquel que el paso lento mueve  
Sobre el collado que á Junin domina?  
¿ Que el campo desde allí mide, y el sitio  
Del combatir y del vencer desina?  
¿ Que la hueste contraria observa; cuenta,  
Y en su mente la rompe y desordena,  
Y á los mas bravos á morir condena,  
Cual águila caudal que se complace  
Del alto cielo en divisar su presa  
Que entre el rebaño mal segura paze?  
¿ Quién el que ya descendiendo  
Pronto y aperebido á la pelea?  
Preñada en tempestades le rodea  
Nube tremenda: el brillo de su espada  
Es el vivo reflejo de la gloria:  
Su voz un trueno: su mirada un rayo.  
¿ Quién aquel que al trabarse la batalla,  
Ufano como Nuncio de victoria,  
Un corcel impetuoso fatigando  
Discurre sin cesar por toda parte?...  
¿ Quién, sino el hijo de Colombia y Marte?

Y luego, apostrofando á los guerreros de Colombia y del Perú, concluye con voz sublime así:

Vuestra será la gloria;  
Pues lidiar con valor y por la patria  
Es el mejor presagio de victoria.  
Acometed: que siempre  
De quien se atreve mas  
El triunfo ha sido;  
Quien no espera vencer, ya está vencido.

Ya se lanzan los combatientes en la lid; todos rivalizan de valor; todos buscan los puestos mas peligrosos; por fin: —

(1) Las supresiones indicadas con puntos en esta larga composición del Sr. Olmedo son en su mayor parte de la redacción y no del autor del artículo.

Ya el formidable estruendo
Del atambor en uno y otro bando;
Y el son de las trompetas clamoroso,

Despues de cantar las proezas de los guerreros mas distinguidos de Colombia, Buenos-Aires y Perú, en medio de todos aparece el gran capitán americano :

Mas de improviso
La espada de Bolívar aparece,
Y á todos los guerreros,

Tal el héroe brillaba
Por las primeras filas discurriendo.
Se oye su voz, su acero resplandece

Crece la confusion, crece el espanto:
Y al impulso del aire que vibrando
Sube en clamores y alaridos lleno,

La derrota no pudo ser tan completa como se esperaba, porque la noche sobrevino; el poeta invoca al sol para que dé una hora mas de luz.

¡Victoria para la patria! ¡Oh Dios! victoria!
Triunfo á COLUMBIA : y á BOLÍVAR gloria!

El clarín de la victoria suena; mil pinos encendidos rasgan con su luz la espesa oscuridad; los guerreros entonan cantos de triunfo y de paz :

GLORIA, mas no reposo; de repente
Clamó una voz de lo alto de los cielos.
Y á los ecos los ecos por tres veces

Cuando improviso, veneranda sombra
En faz serena y ademan augusto
Entre candidas nubes se levanta.

El Inca entonces se revela á los patriotas adalides; les recapitula todos los horrores cometidos en el suelo americano desde la época de la conquista; les estimula á que sigan combatiendo con valor; é iba á seguir cuando de pronto se detiene y queda

En éxtasis profundo embebecido;

al volver á anudar su interrumpida plática, fué para describir á los guerreros la nueva lucha que iba á seguir en Ayacucho; el Inca ve y describe el sitio de la pelea, — observa el menor movimiento del enemigo, — enumera uno á uno todos los patriotas que se distinguen por su bravura.

gándolos á la bayoneta; ese valiente entre los valientes, que tomó prisionero al general La Serna; y que despues de haber recorrido con tanto honor la carrera militar sirviéndole á su patria — tuvo un fin tan lastimoso en una de nuestras guerras civiles; al hablar el Inca de ese modelo de guerreros dice así :

Mientras por sierras y hondos precipicios
A la hueste enemiga
El impaciente Córdova fatiga :

Los principales de esos valientes se disputan á cual primero entrar en el recio de la pelea; desdeñan los lugares poco expuestos, y sienten que no haya mayores peligros que arrostrar; y aun cuando hay bastantes, su coraje no les da lugar á pensar así; por eso el Inca dice :

Lo grande y peligroso
Yela al cobarde, irrita al animoso.
¡Qué intrepidez! ¡qué súbito coraje

Ya se ganó la batalla. Por consiguiente ya no hay enemigos. El vencedor y el vencido comen bajo la misma tienda. Todo es cortesanía, como ántes todo fué furor. Los vencidos piden paz; los patriotas la acuerdan. El Inca dice como sigue :

Ah! ya divisó míseras reliquias
Con todos sus caudillos humillados
Venir, pidiendo paz (1). Y generoso

Mas adelante el Inca felicita á Sucre, al Gran Mariscal de Ayacucho, que despues de haberse elevado, joven aun á la cúspide de la gloria, y de haber servido á la libertad y á la justicia, fué mandado asesinar por un ambicioso de los mas vulgares y corrompidos. Pero oigamos al Inca :

Salud, ó vencedor. ¡O SUCRE! vence,
Y de nuevo laurel orla tu frente.
Alta esperanza de tu insigne patria,

Por las manos de SUCRE, la victoria
Ciñe á BOLÍVAR lauro inmarcesible.
O triunfador! la palma de AYACUCHO,

Huaina-Cápac celebra la nueva era que empieza; y entre otras cosas habla así :

Grande gloria alcanzaste;
Pero mayor te espera, si á mi pueblo
Así cual á la guerra lo conformas,

Grande gloria alcanzaste;
Pero mayor te espera, si á mi pueblo
Así cual á la guerra lo conformas,

(1) Quince generales españoles, que eran todos los que habia en el Perú, reunidos por una feliz casualidad en AYACUCHO para hacer mas gloriosa esta jornada, se rindieron y capitularon en el campo. — Todos con toda su fortuna han vuelto ya á su patria. La capitulación fué pedida y otorgada despues de la derrota del grueso del ejército real, y cuando solo quedaba por batir un cuerpo de reserva de poca consideración. Parece que nada falta á esta conducta para ser el rasgo característico de un pueblo.

(Nota del Autor.)

Yo con riendas de seda regí el pueblo,
Y cual padre le amé; mas no quisiera
Que el cetro de los INCAS renaciera :

Por no trillada senda, de la gloria
Al templo vuelas, ínclito BOLÍVAR.
Que ese poder tremendo que te fia (1)

O LIBERTAD, el héroe que podía
Ser el brazo de Marte sanguinario;
Ese es tu sacerdote mas celoso :

El Inca habla enseguida de las riquezas que entraña el suelo americano, de los progresos que harán las ciencias y las artes en esas naciones nuevas, y celebra la manera como los Estados Unidos y la Inglaterra se apresurarán á entrar en relaciones con las nacientes repúblicas.

El Inca habla enseguida de las riquezas que entraña el suelo americano, de los progresos que harán las ciencias y las artes en esas naciones nuevas, y celebra la manera como los Estados Unidos y la Inglaterra se apresurarán á entrar en relaciones con las nacientes repúblicas.

Será perpetua, ó PUEBLOS, esta gloria
Y vuestra libertad incontrastable
Contra el poder y liga detestable

El Inca continúa ensalzando la idea de formar una confederación y la gloria que cubriría al héroe que la llevara á cabo, cuando un nuevo canto, un himno sublime, unas notas celestiales se hacen oír é interrumpen al severo viejo :

Era el coro de candidas vestales;
Las vírgenes del SOL, que rodeando
Al Inca como á sumo sacerdote,

J. M. TORRES CAICEDO.

(Se concluirá.)

(1) En el mayor conflicto de la república, el general BOLÍVAR fué nombrado dictador por el Congreso del Perú.

(Nota del Autor.)

(2) Se quiere expresar con esta comparación el deseo de que los pueblos de América por sus relaciones y lazos fraternales sean siempre como uno solo. En este sentido el Inca cuando en su vaticinio habla de su pueblo, de su imperio, quiere comprender todos los pueblos que están unidos y enlazados por la cadena de los Andes.

(Nota del Autor.)

(3) Esta union, esta confederación ha tratado de llevarse á cabo dos veces : la una en tiempo de BOLÍVAR, cuando el famoso Congreso de Panamá, que tanto llamó la atención en Europa. La otra en 1846, en el Congreso reunido en Lima. Los protocolos de todas las sesiones de este último Congreso, que nos han sido comunicados, son interesantes, y reclaman la publicación. En ambas ocasiones, sin embargo, los constantes cambios políticos que se experimentan en esas repúblicas, han impedido el llevar á cabo un pensamiento tan fecundo en bienes. México y Nicaragua nos están hoy hablando elocuentemente acerca de la necesidad de confederarnos.

**Inundacion del Saona en Lyon.**

Hé aquí una de las primeras escenas de las inundaciones en Lyon :

— Cuando los habitantes de la ciudad cuyas habitaciones ó almacenes se hallaban mas expuestos, vieron de cerca el peligro, tomaron sus precauciones; sin embargo el Saona creció con tal rapidez que el mercado de

hortalizas quedó interrumpido, y veinticuatro horas despues los muelles estaban invadidos y calles enteras no tenían otros medios de comunicacion que los barquichuelos que los barqueros pusieron al servicio de

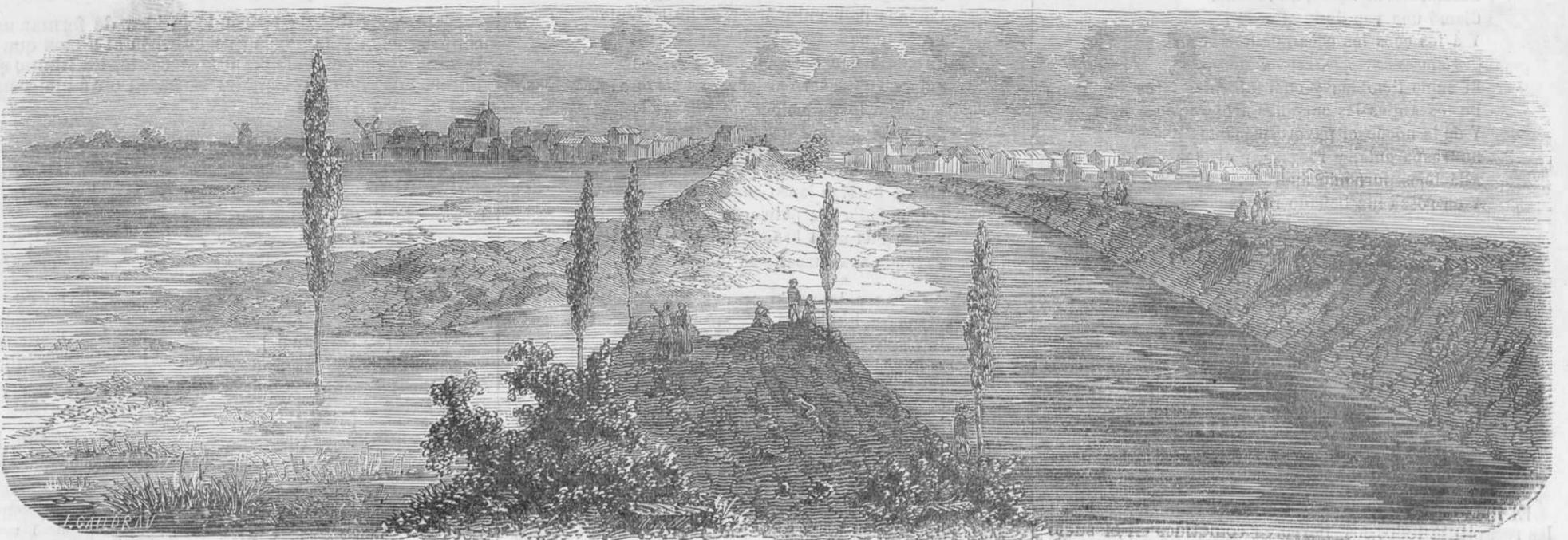


El muelle de los Celestinos en Lyon inundado por las aguas del Saona.

los habitantes. Al principio este modo de transporte que era hijo de una desagradable necesidad, hubo de convertirse en un placer y se estableció una circulación activa alimentada por mucha gente. El muelle de los Celestinos entre otros, presentaba un cuadro anima-

dísimo; unos treinta barquichuelos le recorrian sin descanso. No obstante, á pesar de la línea de barcas que le separaba del Saona, este paso tenía su peligro, y los viajeros imprudentes ó inexpertos estaban expuestos á verse arrastrados por la corriente; en algunos instan-

tes presencié dos desgracias de este género cuyo desenlace fatal pudo evitarse afortunadamente; á unos 50 metros había un puente cuyos arcos obstruidos no podían dar paso á la embarcacion mas pequeña. Estos ejemplos no desanimaron á los curiosos, y para dar



Inundacion de Jargeau cerca de Orleans.

aquí una idea del movimiento de aquel puerto improvisado, dirémos que con uno solo de aquellos barquichuelos se ganaron hasta 100 fr. en la tarde del domingo, á 13 y 20 céntimos por cabeza. Pero por la noche sobre todo las calles y los muelles inundados presentaban un aspecto singular; ¡quién había de decir que aquellos primeros episodios que en mas de una ocasion presentaban un carácter burlesco, se habían de cam-

biar en breve en las escenas mas desoladoras y terribles!

**La inundacion de Jargeau.**

Hé aquí el espantoso cuadro que traza el corresponsal del *Diario del Loiret*, del 19, de los estragos causados en Jargeau:

« Casas desmoronadas, minadas, arrebatadas como por un torbellino del desierto, techos que se desploman, paredes medio derruidas, escombros informes, excavaciones profundas y llenas de agua fangosa, ciudad saqueada, despedazada, demolida, y en frente una brecha abierta de 730 metros, que ha dado paso al torrente devastador. ¡ Tal es Jargeau! »

C.